



SEPTIEMBRE

2019

“¡ven... y verás!”

EL GRAN DESCONOCIDO: EL ESPÍRITU SANTO

Una llanura por tierras griegas... Camina San Pablo hacia Éfeso: “Allí encontró unos discípulos y les preguntó si habían recibido el Espíritu Santo después de abrazar la fe. Le respondieron: - Ni sabíamos que había Espíritu Santo...” (Hech 19 1-2) Es triste que, después de veinte siglos, para bastantes cristianos el Espíritu Santo continúe siendo el

“Gran Desconocido”. **El misterio de la Santísima Trinidad** –dice el Catecismo de la Iglesia católica- “es el misterio central de la fe y de la vida cristiana. Es el misterio de Dios en sí mismo” (nº 234). Es un misterio que no podría ser jamás conocido a menos que se nos hubiese revelado, como así ocurrió en labios de Jesús de Nazaret.

Dios es una familia. No es una Persona, son tres Personas. La Persona del Padre es como el origen frontal de todo. El engendra dentro de sí al Hijo, que es su imagen perfecta. Y ambos se comunican en un acto de amor, que es el Espíritu Santo. La potencia infinita del Padre produce una “imagen” de sí mismo tan maravillosa que es la Persona viva del Hijo, y el amor con que ambas Personas divinas se aman es tan fuerte que resulta ser una Persona viva: el Espíritu Santo. Estamos ante un misterio de fe en sentido estricto, uno de los “*misterios escondidos en Dios, que no pueden ser conocidos si no son revelados desde lo alto*” (Vaticano I, DS 3015). “Jesús ha revelado que Dios es “Padre” en un sentido nuevo: no lo es sólo en cuanto Creador, es eternamente Padre en relación a su Hijo único...” (240) Este Padre, al llegar la plenitud de los tiempos, nos envía a su Hijo, y el Hijo, antes de su Pascua, anuncia el envío del Espíritu Santo Por eso recitamos en el Credo: “*Creo en el Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria*”. Decíamos que Dios son tres Personas, distintas entre sí, pero unidas en una misma y única esencia divina. Por eso la unión que existe entre las divinas Personas es algo fantástico, realmente maravilloso... Uno se queda boquiabierto ante semejante unión. Dios es una “Familia”, compuesta por el Padre, el Hijo y la Madre (que sería el Espíritu Santo, como Amor que une al Padre y al Hijo). Tal vez fue esto lo que intentó expresar Gil de Siloé en el retablo de la Cartuja de Miraflores. La figura del Espíritu Santo está allí expresada en forma de mujer, indicando su ser íntimo de Amor.

Podemos preguntarnos a qué se debe que la Persona del Espíritu Santo haya sido tan poco conocida por los fieles cristianos. “Un ocultamiento tan discreto, propiamente divino –escribe el CIC- explica por qué “el mundo no puede recibirle, porque no le ve ni le conoce”, mientras que los que creen en Cristo le conocen porque él mora en ellos (Jn 14,17)” (nº 687). Este desconocimiento se debe a varias causas: 1) falta de doctrina (en los siglos anteriores se ha escrito poco del Espíritu Santo, aunque ahora no podríamos decir lo mismo). 2) falta de devoción popular (al no haberse hablado lo suficiente en los púlpitos, pocos cantos, prácticamente ninguna imagen del mismo...) 3) falta de manifestaciones externas y sensibles (precisamente porque el Espíritu trabaja en lo interior de las almas, no se encarnó como lo hizo la Persona del Hijo...) Sin embargo, esto no ha de ser óbice para que nosotros no intentemos por todos los medios conocer, gustar y saborear el Espíritu de Jesús. Ahí nos jugamos nuestra propia santidad, ¡ni más ni menos...! Vamos a procurar conocer al Espíritu Santo a través del nombre y de los símbolos con que se ha mostrado. Pero hay un modo mejor de conocer al Espíritu Santo. Así lo expresa el CIC: “La Iglesia...es el lugar de nuestro conocimiento del Espíritu Santo. Lo conocemos: en las Escrituras que Él ha inspirado – en la Tradicición, de la cual los Padres de la Iglesia son testigos siempre actuales – en el Magisterio de la Iglesia, al que El asiste – en la liturgia sacramental, a través de sus palabras y sus símbolos, en donde el Espíritu Santo nos pone en comunicación con Cristo – en la oración en la cual El intercede por nosotros – en los carismas y ministerios mediante los que se edifica la Iglesia – en los signos de vida apostólica y misionera – y en el testimonio de los santos, donde El manifiesta su santidad y continúa la obra de la salvación” (nº 688) Decimos “Espíritu Santo”. Esta palabra “Espíritu” es la traducción del “Ruah” hebreo. Significa soplo, aire, viento. Por otro lado, cuando Jesús

anuncia y promete la Venida del Espíritu Santo, le llama “Paráclito” (Jn 14,16), es decir, “aquel que es llamado junto a uno”, en latín “advocatus”. La palabra “Paráclito” se traduce habitualmente por “Consolador”. Jesús le llama también el “Espíritu de Verdad” (Jn 16,13). Sin duda, el nombre más empleado, tanto en el libro de los Hechos como en las cartas de los Apóstoles, es el de “Espíritu Santo”. Pero encontramos también en esos textos otros nombres, como el “Espíritu de la promesa” (Ga 3,14), el “Espíritu de adopción” (Rm 8,15), el “Espíritu de Cristo” (Rm 8,11),, etc. Meditando estos nombres, encontramos una senda preciosa para irnos adentrando en el ser mismo del Espíritu Santo. Ningún nombre puede decir todo lo que es; pero a través de los diversos nombres va uno conociéndole mejor. Quizás, para nosotros que somos seres de carne y hueso y nos regimos por los sentidos, el mejor camino para acceder a un conocimiento jugoso del Espíritu Santo, sea el de los símbolos. Veamos unos cuantos: **EL AGUA:** El simbolismo del agua es significativo de la acción del Espíritu Santo en el Bautismo. El agua da vida y el agua del bautismo en unión con las palabras sacramentales nos da “la vida divina”. El Espíritu es el Agua viva que brota del costado de Cristo crucificado (Jn 19,34)

LA UNCIÓN: “El simbolismo de la unción con el óleo –dice el CIC- es significativo del Espíritu Santo, hasta el punto de que se ha convertido en sinónimo suyo: *“Es Dios quien... nos ha ungido, nos ha sellado y ha puesto en nuestro corazón como prenda el Espíritu”* (2 Co 1,22). Jesús será el “Ungido” por antonomasia, el Mesías: la humanidad que el Hijo de Dios asume está totalmente “ungida por el Espíritu Santo”.

EL FUEGO: Si el agua significa el nacimiento y la fecundidad de la vida, el fuego simboliza la energía transformadora del espíritu. Juan Bautista anunciará a Cristo como el que “bautizará en el Espíritu Santo y el fuego” (Lc 3,16); “no apaguéis el Espíritu” – escribe San Pablo a los cristianos de Tesalónica. Y San Juan de la Cruz expresará maravillosamente la acción del Espíritu Santo en el alma con esa poesía, titulada “Llama de amor viva”.

EL SELLO: Como la imagen del sello (*sfragís*) indica el carácter indeleble de la Unción del Espíritu Santo en los sacramentos del Bautismo, de la Confirmación y del Orden, esta imagen se ha utilizado en ciertas tradiciones teológicas para expresar el “carácter” imborrable impreso por estos tres sacramentos, los cuales no pueden ser reiterados (CIC nº 698). Leemos en el Cantar de los cantares: *“Ponme como sello sobre tu brazo”* para expresar una unión fortísima con Dios.

LA MANO: Imponiendo sus manos, Jesús curaba a los enfermos y bendecía a los niños. El Espíritu Santo era dado mediante la imposición de manos de los Apóstoles (Hech 8,17-19). Este signo de la efusión todopoderosa del Espíritu Santo, la Iglesia lo ha conservado en sus epiclesis sacramentales. El sacerdote extiende sus manos sobre el pan y el vino que van a ser consagrados y pide para ello la fuerza suprema del Espíritu de Dios. Si no fuese por esa fuerza divina ¿cómo un poco de pan podría convertirse en la carne preciosa del Cuerpo de Jesús? En algunos grabados y pinturas medievales vemos el signo de la “mano”: aluden a la Persona del Espíritu Santo.

EL DEDO: Es otro símbolo del Espíritu Santo. En el himno Veni Creator se invoca al Espíritu Santo como “*digitus paternae dexterae*” (dedo de la diestra del Padre). “Por el dedo de Dios expulso yo los demonios” – dirá Jesús (Lc 11,20). Si la Ley de Dios ha sido escrita en tablas de piedra “por el dedo de Dios” (Ex 31,18), la “carta de Cristo” entregada no ya a Moisés, sino a los apóstoles, “está escrita no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo, no en tablas de piedra, sino en las tablas de carne del corazón” (2 Cor 3,3)

LA PALOMA: Es el símbolo más popular y conocido del Espíritu Santo por el pasaje del bautismo de Jesús, donde el Espíritu Santo descendió sobre Jesús, en la forma de una paloma, y se posó sobre Él. (Mt 3,16). En el Génesis la paloma que regresa con un ramito de olivo en el pico expresa cómo la tierra comenzaba de nuevo a ser habitable tras el diluvio (Gen 8,8-12). En algunos templos se conservaba la eucaristía en un receptáculo de plata en forma de paloma. Si contemplamos el significado de estos símbolos conoceremos mejor la Espiritu Santo, porque de algún modo expresan su acción o su modo de ser.

www.apostoladodelaoracion.com) (www.adoradoraspresenciales.com)





OCTUBRE

2019

“¡ven... y verás!”

DESEAR AL ESPÍRITU SANTO

Si queremos que el Espíritu de Jesús viva con nosotros, sea como nuestro mejor Amigo, como un compañero de viaje en esta peregrinación que todos vamos haciendo por el planeta azul, lo primero que tenemos que hacer es desearlo..! y desearlo ardientemente. Si lo deseamos, le llamaremos para que venga. Es lo que hace la Iglesia en su liturgia. Los dos grandes himnos al Espíritu Santo comienzan ambos con la misma palabra: Ven...! Y es una palabra que se repite frecuentemente a lo largo de todo el himno. Eso indica un ardiente deseo.

Si el Espíritu Santo es Fuego, ¿cómo podría yo desearlo de veras si soy una ceniza apagada? Jesús lo trajo a la tierra y nos habló de él cuando dijo: “Fuego he venido a traer a la tierra y estoy deseando que arda”. Yo diría que toda la liturgia, al llegar la fiesta de Pentecostés, se transforma en un inmenso deseo del Espíritu. Conocemos nuestros dos himnos de la liturgia romana: el Veni, creator Spiritus y el Veni, sancte Spiritus. Pero no son menos intensos los deseos del Espíritu que aparecen en las liturgias orientales. En la liturgia bizantina se ora así: “Espíritu de Verdad, que estás presente en todas partes y todo lo llenas, Arca de todo bien y Dador de vida: ven y habita en nosotros; purifícanos de toda mancha y Tú, que eres bueno, salva nuestras almas. Amén”

En el famoso Eucologio de Serapión, ora así el fiel cristiano: “Te pido, oh Padre, que envíes tu Espíritu Santo a nuestras almas y nos hagas comprender las Escrituras inspiradas por El. Concédenos interpretarlas con pureza y de manera digna, para que todos los fieles aquí reunidos saquen provecho”

Donde aflora con más vehemencia ese deseo de recibir al Espíritu Santo lo encontramos en la oración de Simeón el Nuevo Teólogo: “Ven, Luz verdadera. Ven, Vida eterna. Ven, Misterio escondido. Ven, Tesoro sin nombre. Ven, Felicidad sin fin. Ven, Luz sin ocaso. Ven, Despertador de los que duermen. Ven, Gozo eterno. Ven, Púrpura del gran Rey nuestro gran Dios. Ven, Tú que me has separado de todo y me has hecho solitario en este mundo. Ven, Tú que has llegado a ser tu mismo deseo en mí, Tú que me has hecho desearte. Ven, mi soplo y mi vida. Ven, consolación de mi pobre alma. Ven, mi alegría, mi gloria, mi delicia por siempre. Amén”

En el siglo XI, año 1060, encontramos esta preciosa oración al Espíritu Santo, escrita por Juan Fécamp: “Ven ya, óptimo Consolador del alma que sufre. Ven, Tú que purificas de las fealdades, Tú que curas las llagas. Ven, fuerza de los débiles, sostén de los decaídos. Ven, doctor de los humildes y vencedor de los orgullosos. Ven, tierno padre de los huérfanos, esperanza de los pobres, estrella de los navegantes y puerto de los naufragos. Ven, oh gloria insigne de todos los vivientes. Ven, Tú que eres el más santo de los espíritus. Ven, y habita en mí....! Hazme conforme a Ti...!”

Nos bastan estas muestras para ver con qué ardor hemos de desear la venida del Espíritu Santo (la insistencia machacona y continua del VEN...!!!). Y semejante insistencia, un tal ferviente deseo ¿por qué está motivado? Nos lo dicen esas oraciones. En ellas se expresa de mil maneras distintas lo maravilloso que es el Espíritu de Jesús. Siendo así, muy tontos tendríamos que ser si no lo deseásemos.

En la preparación para el Jubileo del Año 2000 se dedicaron los tres años últimos del siglo XX al Espíritu Santo, al Padre y al Hijo. El documento del año 1998, dedicado al Espíritu Santo, termina así: “Toda la Iglesia y la

humanidad entera invocan sin cansarse la efusión renovada del Espíritu sobre el Nuevo Milenio: “Veni, sancte Spiritus...”

Importa mucho sentir grandemente del Espíritu Santo porque eso ayudará a desearlo y –como dice San Juan de Avila- “los deseos que tienes de Dios, aposentadores son de Dios, y señal es que si tienes deseos de Dios, que presto vendrá a ti”. Y si pensamos que el Espíritu Santo no es ningún “lujo” en nuestra vida, sino algo que necesitamos, entonces se acrecentará nuestro deseo de El.

Para fomentar en nosotros ese deseo ardiente de recibir al Espíritu Santo ayuda mucho unírnos con quienes igualmente lo deseen. Así lo hicieron los Apóstoles por mandato de Jesús, tras su Ascensión a los cielos. Ahora “permaneced juntos en Jerusalén aguardando a que os envíe lo que os he prometido”. Y se llevan con ellos a la Virgen María y a las santas mujeres. Y ¿qué es lo que hacen?

Leamos Hechos de los Apóstoles 1,14: “Todos ellos, con algunas mujeres, la madre de Jesús y sus parientes, persistían unánimes en la oración”. Para que brote en nosotros el deseo del Espíritu es preciso orar. Y si oramos unidos a María, mucho mejor. Nadie como la Virgen sabe “tratar” al Espíritu Santo. Ella tuvo experiencia muy profunda de él. Principalmente en el momento de la Anunciación. La Virgen, cuando llega el ángel Gabriel, estaba hecha un mar de deseos. La liturgia del Adviento nos habla de esas ansias de María: “Cielos, lloved vuestra justicia; ábrete. tierra, y germinad al Salvador”, “cielos, derramad vuestro rocío; nubes, lloved al Justo”...

Para que nuestro deseo del Espíritu Santo sea ardiente nos conviene, pues, orad en grupo (decía Jesús: “si vosotros, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más mi Padre del cielo dará el Espíritu bueno a quien se lo pide”). Saberlo esperar pacientemente, no cansarnos porque se retrase su venida (el santo Hermano Rafael vivía muy a fondo esta actitud de “saber esperar”). Estar muy atento para escucharle en nuestro interior. El Espíritu Santo no se presenta como un terremoto, sino más bien como una brisa suave que requiere estar alerta para notarla. El profeta Elías es quien nos enseña esta actitud (1 Rey 19,9-16).

Si deseamos la venida del Espíritu Santo es porque queremos “saborear” su maravillosa presencia en nuestro interior. Para ello necesitamos la ayuda de la Virgen: “en gran manera es Ella amiga del Espíritu Santo y El de ella” – nos dice San Juan de Avila.

Sólo desharemos de veras al Espíritu Santo cuando caigamos en la cuenta de la riqueza inmensa que se nos viene encima. El es LUZ que ilumina, FUEGO que abrasa, FUERZA que endiosa al alma y nos hace pensar, sentir, amar y obrar a lo Dios. El Espíritu Santo es Perfume del alma, Dulzura inefable para el corazón, Suavidad que trae consigo una paz muy honda...Para que nuestros deseos de recibir al Espíritu Santo sean muy fervientes, el mejor camino es meditar los dos himnos litúrgicos (Veni Creator, Veni Sancte Spiritus).

En ellos se va describiendo el ser mismo del Espíritu Jesús a través de preciosos simbolismos, y también se describe la acción que produce en el alma. El Espíritu Santo lava, alienta, pacifica, fortalece, alegra, consuela... Lo que se dice de la sabiduría en la Biblia, lo podemos decir del Espíritu Santo: “todos los bienes me vinieron con ella”. Textos bíblicos: Hech 1,12-24 y 2,1-21. Puedes orar con ellos.

(www.apostoladodelaoracion.com) (www.adoradoraspresenciales.com)





Noviembre 2019 “¡ven... y verás!”

TRAS LAS HUELLAS DEL ESPÍRITU

Hemos visto en las dos sesiones anteriores la importancia que para un cristiano tiene la devoción al Espíritu Santo y que ser devoto del Espíritu Santo es “relacionarse” con El de un modo cada vez más íntimo y profundo. Escribía el novelista francés Cesbron: *“Siempre impacta más un rostro que un misterio”*. Con la ayuda de Dios vamos a intentar penetrar un poco en este misterio grandioso, que es el Espíritu Santo. Y lo haremos buscando su “rastros” a través de la creación y de la historia.

¿Qué nos dice el Catecismo de la Iglesia Católica?: “Que desde el comienzo y hasta “la plenitud de los tiempos”, la Misión conjunta del Verbo y del Espíritu del Padre permanece *oculta* pero activa. El Espíritu de Dios preparaba ya entonces el tiempo del Mesías... Por eso, cuando la Iglesia lee el AT investiga en él lo que el Espíritu “que habló por los profetas” quiere decirnos acerca de Cristo.

El Espíritu en la Creación: La Palabra de Dios y su Sopro están en el origen del ser y de la vida de toda criatura (Gen 1,2 y 2,7). Dice bellamente San Ireneo: *“En cuanto al hombre, es con sus propias manos (es decir, el Hijo y el ES) como Dios lo hizo...y El dibujó sobre la carne moldeada su propia forma, de modo que incluso lo que fuese visible llevase la forma divina”*(CIC, nº 703-704)

El Espíritu de la promesa: Desfigurado por el pecado y por la muerte, el hombre continúa siendo “a imagen de Dios”, a imagen del Hijo, pero “privado de la Gloria de Dios” (Rm 3,23), privado de la “semejanza”. La Promesa hecha a Abrahán inaugura la Economía de la Salvación, al final de la cual el Hijo mismo asumirá “la imagen” (Jn 1,14; Flp 2,7) y la restaurará en “la semejanza” con el Padre volviéndole a dar la Gloria, el Espíritu “que da la Vida” (CIC, nº 705)

El Espíritu en las Teofanías del AT: En las manifestaciones de Dios a los Patriarcas, Moisés, los profetas...se muestra como un fuego, como una nube. En los profetas se perfilan dos líneas: una se refiere a la espera del Mesías, la otra al anuncio de un Espíritu nuevo. “El Espíritu del Señor renovará el corazón de los hombres grabando en ellos una Ley nueva; reunirá y reconciliará a los pueblos dispersos y divididos; transformará la primera creación y Dios habitará en ella con los hombres en la paz” (CIC, nº 715) La gran obra de la Misión escondida del Espíritu Santo durante el tiempo de las Promesas (AT) es preparar la venida de Cristo. Por eso, cuando viene Jesús y se presenta a sus conciudadanos de Nazaret en la sinagoga, dirá: *“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungió. Me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva, a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor”* (Lc 4,18-19).

El Espíritu en la Plenitud de los tiempos: Dice el evangelio de San Juan: *“Hubo un hombre, enviado por Dios, que se llamaba Juan”* (Jn 1,6). Juan fue *“lleno del Espíritu Santo ya desde el seno de su madre”* (Lc 1,15.41). El fuego del Espíritu lo habita y le hace correr delante como “precursor” del Señor que viene. En Juan el Precursor, el ES culmina la obra de “preparar al Señor un pueblo bien dispuesto”. Juan es “más que un profeta”. Juan termina el ciclo de los profetas inaugurado por Elías y anuncia ya tocando con sus dedos al Mesías: *“Aquel sobre quien veas que baja el Espíritu y se queda sobre él, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo... Y yo lo he visto y doy testimonio de que éste es el Elegido de Dios... He ahí el Cordero de Dios”* (Jn 1,33-36). Con Juan Bautista el ES inaugura, prefigurándolo, lo que realizará con y en Cristo: volver a dar al hombre la “semejanza” divina que había

perdido.. El bautismo de Juan era para el arrepentimiento; el del agua y del Espíritu será un nuevo nacimiento” (CIC 718-720)

El Espíritu en tiempos de Cristo: Ya aparece con fuerza en la Anunciación a la Virgen, preparándola como la “llena de gracia”. En María el Espíritu Santo realiza el designio del Padre de darnos a su propio Hijo. En María el Espíritu Santo manifiesta al Hijo del Padre hecho Hijo de la Virgen. Por medio de María comienza el Espíritu Santo a poner en Comunión con Cristo a los hombres “objeto del amor benevolente de Dios” (Lc 2,14), y los humildes son siempre los primeros en recibirle: los pastores, los magos, Simeón y Ana, los esposos de Caná y los primeros discípulos” (CIC 722-725)

Jesús, en su vida mortal, va sugiriendo poco a poco el Espíritu Santo. Lo hace con Nicodemo, con la samaritana, con los que participan en la fiesta de las Tiendas. Solamente cuando ha llegado la hora en que va a ser glorificado, Jesús *promete* la venida del Espíritu Santo (“yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre” (Jn 14,16). “Os digo la verdad: os conviene que yo me vaya, porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito...” (Jn 16,7-15), etc. Por fin, llega la hora en que Jesús entrega su espíritu en manos de su Padre, y una vez glorificado por su muerte en cruz, Jesús entregará también a los apóstoles dirigiendo sobre ellos su aliento (“dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: recibid el Espíritu Santo...” (Jn 20.22). En la Exposición de las Edades del hombre, que se celebró en Burgo de Osma, había un cuadro en que de la llaga del costado de Cristo salía una paloma blanca, símbolo del Espíritu (“Jesús entregó su espíritu” (Jn 19,30).

El Espíritu se desborda...! Cuando el Espíritu se va a “volcar”, por así decirlo, es con motivo del nacimiento de la Iglesia. Es en Pentecostés cuando el Espíritu se desborda sobre la naciente Iglesia de Jesús. Con su venida, que ya no cesará, el Espíritu Santo hace entrar al mundo en los “últimos tiempos”, el tiempo de la Iglesia.

¿Qué es lo que hace el Espíritu Santo? El Espíritu Santo *prepara* a los hombres, los previene por su gracia, para atraerlos hacia Cristo. Les *manifiesta* al Señor resucitado, les *recuerda* su palabra y abre su mente para entender su Muerte y su Resurrección. Les *hace presente* el Misterio de Cristo, sobre todo en la Eucaristía para reconciliarlos, para *conducirlos a la Comunión* con Dios, para que den “mucho fruto” (Jn 15,5.8.16) (CIC 737)

El Espíritu Santo es el gran DON de Dios al hombre: Al ser el Espíritu Santo el Amor, es también el gran Don, que contiene todos los demás dones. “Dios es Amor”, nos dice San Juan, y este amor “Dios lo ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado”, dirá San Pablo a los romanos (Rom 5,5). ¿Cuáles son los efectos de este Amor de Dios (el Espíritu Santo) en nosotros? Pues que se nos perdonan los pecados, que volvemos a adquirir la semejanza divina que habíamos perdido por el pecado, que nos dan las “arras” de nuestra herencia del cielo (Rom 8,23), que recibimos la Vida misma de la Trinidad que es amar “como él nos ha amado”, que nos injerta en la Vid verdadera que es Cristo y de este modo podemos dar frutos de vida eterna, como son “la caridad, la alegría, la paz, la paciencia, la afabilidad, la bondad, la fidelidad, la mansedumbre, la templanza” (Gal 5,22-23).

Dos Santos Padres hablan del Espíritu Santo: Estas maravillas que obra el Espíritu Santo en nosotros, las expresa hermosamente San Basilio: “Por la comunión con él, el ES nos hace espirituales, nos restablece en el Paraíso, nos lleva al Reino de los cielos y a la adopción filial, nos da la confianza de llamar a Dios Padre y de participar en la gracia de Cristo, se ser llamado hijo de la luz y de tener parte en la gloria eterna”. Por su parte, San Cirilo de Alejandría lo expresará no menos bellamente: “Todos nosotros que hemos recibido el mismo y único espíritu, a saber, el Espíritu Santo, nos hemos fundido entre nosotros y con Dios. Ya que por mucho que nosotros seamos numerosos separadamente y que Cristo haga que el Espíritu del Padre y suyo habite en cada uno de nosotros, este Espíritu único e indivisible lleva por sí mismo a la unidad a aquellos que son distintos entre sí... y hace que todos aparezcan como una sola cosa con él”.

(www.apostoladodelaoracion.com) (www.adoradoraspresenciales.com)





Diciembre 2019 “¡ven... y verás!”

CÓMO ACTÚA EL ESPÍRITU SANTO (I)

EL ESPÍRITU SANTO HACE MARAVILLAS: Su obrar es llenarnos de dones. Es Dios y, por tanto, es una energía infinita que crea y santifica. La Iglesia le llama Espíritu Creador y también Espíritu Santificador. Al ser Dios uno y único, pero siendo a la vez tres Personas, en realidad son las tres Personas las que crean y santifican. Pero, en nuestro hablar ordinario solemos atribuir la creación al Padre, la redención al Hijo y la santificación al Espíritu Santo. En realidad, siendo Dios uno y único, es El quien crea, redime y santifica. Dado que es al Espíritu Santo a quien se atribuye la santificación de las almas, nosotros trataremos de cómo actúa en nosotros el Espíritu Santo para lograr nuestra santificación. Pero antes de entrar en esa preciosa materia, veamos quién es el Espíritu Santo.

¿QUIÉN Y CÓMO ES EL ESPÍRITU SANTO?: Martín Descalzo nos lo describe así en uno de sus numerosos escritos: “Habíamos creído que Dios era ternura, ahora descubríamos que Dios era vértigo. Habíamos creído que Dios era soberanía, ahora se nos hacía ver que era ebriedad. Habíamos creído que Dios era la última calma y alguien vino a contarnos que Dios era locura. Por eso gritábamos, subíamos y bajábamos del alma, llameantes, atónitos. Por eso la mediocridad cayó de nuestros hombros como un manto que se pierde en la carrera; y donde hubo pescadores tartamudeantes, nacieron llamaradas, y epístolas, y martirio. Cuando estábamos con Él, no nos hacía falta fe para creer lo que veíamos. Cuando estuvimos sin Él, la fe se nos escapó como un agua entre los dedos. Pero la Paloma. Halcón tiró de nuestras almas desenvainándolas, y por primera vez nos dimos cuenta de que éramos hombres. Habíamos creído que amar era una cosa que se hacía, algo así como un juego para tardes de lluvia. ¿Cómo podríamos entenderle con sólo tales retazos de corazón? Pero ahora –después de la Paloma– ya no podíamos seguir usando a Dios como se usa una playa. Podíamos creer o no creer, pero no creer dormidos. Dios no mendigaba esquirlas de vida. Era el huracán que golpea la casa, asedia las ventanas, apalanca las puertas y los muros, posee como un terrible amante. No se puede creer en Él y ser virgen. Entra como una espada o un hijo en las entrañas. Dios es su nombre, fecundidad es su ocupación y su apellido. Quienes aquella tarde nos vieron aseguraban que estábamos ebrios. Pero nadie sospechó qué vino turbador y magnífico se había subido a nuestras cabezas” Es una hermosa descripción de lo que es el Espíritu Santo y de cómo actúa.

¿QUÉ HACE EL ESPÍRITU SANTO CUANDO ACTÚA EN EL HOMBRE?: Vamos a ver qué es lo que hace el Espíritu de Jesús cuando entra en el hombre. Al ser el Espíritu de Jesús no podrá hacer sino cosas hermosísimas. El Espíritu Santo encarna e imprime en el hombre la imagen de Dios y, en la obra de la regeneración le concede la nueva vida haciéndolo “hijo en el Hijo”. El hombre es “espiritual” por obra del Espíritu y en el Espíritu. Sobre esto dirá San Ireneo: “*Estos son los hombres que el Apóstol llama espirituales (1 Cor 2,15 y 3,1), siendo espirituales gracias a la participación en el Espíritu, no gracias a la privación y eliminación de la carne*”. El Espíritu siempre es un don, una gracia hecha al hombre por Dios Padre, y constituye el modo como el hombre participa de la naturaleza de Dios por creación y por medio de la re-creación acontecida en Cristo. ¿Cómo se expresa el don del Espíritu? En el volver a la criatura “capax Dei” (capaz de Dios). Esta compenetración íntima de todo el hombre por parte del Espíritu la expresa así Urs von Balthasar: “*Nuestros actos íntimos de fe, amor y esperanza, nuestras disposiciones de ánimo y los sentimientos, nuestras resoluciones más personales y libres: todas estas realidades inconfundibles que somos nosotros mismos, están impregnadas de tal forma por su aliento, que el último sujeto – en el fondo de nuestra subjetividad- es Él, el Espíritu*”. Esto mismo es lo que expresan los místicos de una manera más sencilla, diciendo que el Espíritu Santo es “el alma del alma humana”. San Basilio dirá: “*Aquel que no vive ya*

más según la carne, sino que es conducido por el Espíritu de Dios y es llamado hijo de Dios, hecho conforme a la imagen del Hijo de Dios, es llamado espiritual. Y de la misma manera que en el ojo sano se encuentra la capacidad de ver, así en el alma purificada se encuentra la fuerza operante del Espíritu” El Espíritu hace al hombre imagen de Dios. No constituye primero al hombre y luego le añade su imagen: el hombre ES imagen de Dios. La verdadera imagen de Dios es Cristo (Col 1,15-18); el hombre es “icono del Icono”, es decir, de Cristo, la imagen encarnada del Padre. Dice el Catecismo de la Iglesia católica: “Por haber sido hecho a imagen de Dios, el ser humano tiene la dignidad de persona: no es solamente algo, sino alguien. Es capaz de conocerse, de poseerse y de darse libremente y entrar en comunión con otras personas” (CIC , nº 357). Si el hombre está hecho así y no de otra manera, es porque Cristo es así. Esta imagen, salida pura de las manos de Dios, fue perturbada por el pecado, pero también restaurada por Cristo. Por eso, un sabio pagano como Aristóteles dice que “*el hombre es un animal racional*”, y un cristiano como San Gregorio Nacianceno dirá: “*el hombre es un ser viviente capaz de ser divinizado*” La tradición de la Iglesia oriental y occidental es unánime al afirmar que aquel que imprime en el hombre la imagen de Dios es el Espíritu Santo. Este es considerado el “iconógrafo” (aquel que pinta los iconos sagrados) de la imagen de Dios en el hombre. El don del Espíritu Santo significa, en definitiva, una llamada a la amistad. Dirá San Agustín: “*Si queréis vivir en el Espíritu Santo, conservad la caridad, amad la verdad, desead la unidad y alcanzaréis la eternidad*”. Esto quiere decir que el hombre no es verdaderamente libre si no vive en comunión con Dios. “Vivir del Espíritu Santo” es acoger la vida como don y hacer espacio a la vida de los otros. Esto va en consonancia con la Plegaria eucarística IV, que dice: “Y para que no vivamos ya para nosotros mismos, sino para Él, que por nosotros murió y resucitó, envió, Padre, desde tu seno al Espíritu Santo...” El Espíritu Santo es el protagonista de la vida del cristiano. Ejerce una acción transformadora en el que se deja “trabajar” por aquel que va esculpiendo la imagen de Cristo en cada bautizado. Lo más grande que el Espíritu Santo hace en nuestras almas y como el comienzo de todo lo demás es hacernos partícipes de la vida divina. La tradición de la Iglesia llama a esta obra santificadora del Espíritu “divinización” o “deificación”. La presencia del Espíritu en el hombre se puede llamar “gracia santificante”, ya que el cristiano es “partícipe de la naturaleza divina” (2 Pe 1,4). El Espíritu Santo se introduce en el hombre como “germen o semilla de vida” (1 Jn,3,9), que poco a poco se va desarrollando hasta hacer del cristiano “otro Cristo”. Por esta “gracia santificante” que el Espíritu Santo derrama en nuestro corazón podemos decir con toda verdad que el día del bautismo fue el día más grande de nuestra existencia en la tierra.(San Luis de Poissy, al recibir a los hijos ya bautizados: “antes eras solamente hijo mío, ahora lo eres también de Dios...!). Orígenes se pasaba horas junto a la cuna de su niño, adorando al Espíritu Santo que moraba en él. Y es que el bautismo nos da una “verdadera” vida. Tenemos 4 vidas: vegetal, animal, racional y divina (el Emperador Federico de Austria visitando una escuela...: ¿a qué reino pertenece esta piedra...? Y...yo? Al reino de Dios –dijeron los niños. ¡Ojalá siempre fuera así!) Por el bautismo se nos infunde la gracia: participación real en la vida divina (ejemplo de dos rosales, uno silvestre y otro bueno...). La gracia no nos hace dioses; seguimos siendo hombres, pero hombres “divinizados” (ejemplo del hierro candente...). La gracia nos eleva a una enorme dignidad: (si a un perro le injertaran vida humana...podría estudiar, leer la prensa...¡es nuestro caso!)bSi perdemos la gracia de Dios, quedamos literalmente “a oscuras”; más aún: muertos (el famoso apagón de Nueva York...que lo paralizó todo: metro sin funcionar, ascensores...etc) Por eso el cristiano debe defender su “vida de gracia” con uñas y dientes, si es preciso (Pio IX, zuavo pontificios...el chico de la corbata blanca)bEl Espíritu Santo dispone a la acogida de la vida divina con la fe. El primer efecto de este proceso de animación de la fe por parte del Espíritu es el de adherir al hombre a la Persona de Cristo con todo el propio ser. Aceptándolo como Señor y Maestro de la propia vida. “*No se puede creer en Jesucristo sin tener parte en su Espíritu. Es el Espíritu Santo quien revela a los hombres quién es Jesús*” (CIC 152)bEl Espíritu es quien ayuda a discernir cuanto en la historia se opone al plan de salvación y quien abre el corazón a los misterios de Dios. Es quien hace ver las cosas a la luz de Dios. Por eso dirá San Pablo: “Nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu de Dios, para que conozcamos los dones que Dios nos ha concedido” (1 Cor 2,12)

(www.apostoladodelaoracion.com) (www.adoradoraspresenciales.com)





Enero

2020

“¡ven... y verás!”

CÓMO ACTÚA EL ESPÍRITU SANTO (II)

SU PROYECTO: HACERNOS “OTROS CRISTOS”: Vimos en el mes pasado cómo el Espíritu Santo actúa en nosotros para lograr nuestra santificación. Su proyecto es hacernos “otros Cristos”. Para ello lo primero que hace es imprimir en el hombre la imagen de Dios y, a través del Bautismo, hacernos “hijos en el Hijo”. Esto lo logra mediante la gracia santificante que recibimos en el bautismo, que nos hace partícipes de la vida divina.

PUSO SU TIENDA EN NOSOTROS: Para lograr esa viva imagen de Cristo en cada uno de nosotros, lo primero que hace el Espíritu Santo es plantar su tienda en nosotros, tomar posesión. El Espíritu Santo se instala en nosotros con todo el cortejo de virtudes y de dones que necesita para vivir en nosotros. Una vez instalado en nuestro interior, comenzará a actuar.

UN MAESTRO ORIGINAL: El Espíritu Santo actúa como un Maestro. Es un Maestro muy original, porque no enseña desde fuera sino desde dentro. Su magisterio es unción: “Escribe San Juan en una de sus cartas: “su unción os enseñará acerca de todas las cosas” (1 Jn 2,27). Y actúa igualmente como un Director de orquesta. Su trabajo consiste en “dirigir”. Y esto lo hace con sus “inspiraciones”, que son como el latido vital de la vida divina que llevamos dentro. El alma es como un arpa. Si estamos abiertos al soplo del Espíritu y secundamos sus inspiraciones, nuestra arpa produce unos sonidos preciosos siempre que sea tocada por esa Brisa, que es el Espíritu Santo. Sin ella, el arpa permanece muda. Tendrá todas las cuerdas, pero ninguna resuena, si el corazón en vez de abierto, está cerrado a las inspiraciones del Espíritu Santo.

MAESTRO DE MIL OFICIOS: El Espíritu Santo enseña al alma con los diversos oficios que ejerce: si Él es Huésped (“dulce huésped del alma”, le llama la Secuencia), se me pide acogida, saber hospedarle, saber tratarle... Si Él es Director, se me pide docilidad a sus planes. Si Él es Escultor, se me pide pasividad en dejarme labrar y no atar sus manos o desviar su buril... Si Él es Don, se me pide gozo y alegría en poseerlo, deseo grande de gozarlo... Si Él es Fuego (así lo llama la Secuencia) se me pide dejarme abrasar y purificar por él... Si Él es Padre (“Padre amoroso del pobre” lo llama la Secuencia), se me pide dejarme amar y corregir por él... Si Él es Luz (“Luz que penetra las amas” le llama la Secuencia), se me pide dejarme iluminar, abrir bien los ojos... Si Él es Fuente (“Fuente del mayor consuelo” le llama la Secuencia), se me pide bañarme en sus aguas y calmar mi sed en ellas... Si Él es Descanso (“Descanso de nuestro esfuerzo” le llama la Secuencia), se me pide descansar suavemente en su seno, abandonándome con plena confianza... Si Él es Tregua (“Tregua en el duro trabajo” le llama la Secuencia), se me pide que lo viva como mi reposo interior, mi sosiego placentero... Si Él es Brisa (“Brisa en las horas de fuego” le llama la Secuencia), se me pide dejarme acariciar y aliviar por ella... Si Él es Gozo (“Gozo que enjuga las lágrimas” le llama la Secuencia), se me pide tenerle como el gran confortador en mis duelos, en mis tristezas y mis penas... Al ser el Espíritu Santo el verdadero Maestro del alma, ya con eso me está haciendo caer en la importancia de estas cuatro cosas: atención a lo interior / capacidad de escucha / llevar a cabo sus exigencias / y aprender su estilo y sus modales, que son verdad, dulzura, prudencia, discreción, exigencia, desasimiento, libertad...

TESTIMONIO DE UN ALMA SANTA: Como dice la “santa de Carrión”, Javiera del Valle: *“las lecciones en esta escuela todas hay que ponerlas en práctica y, si no se ponen, es tiempo perdido y da su merecido castigo. Y el*

castigo que da es no abrirse la escuela hasta no haber puesto en práctica las lecciones recibidas y no practicadas”.

EL ESPÍRITU ENTRA EN ACCIÓN: Vamos ahora a profundizar más todavía en la manera cómo actúa en nosotros el Espíritu Santo, que nos regaló en el bautismo una “vida divina”. Esa vida “divina” la poseemos dentro de la envoltura humana que somos nosotros. Nuestra vida “humana” se manifiesta y actúa con sus sentidos y sus facultades. Por medio de los sentidos nos ponemos en contacto con el mundo de las cosas, con la creación. Un hombre que no viese, que no oyese, que no gustase, que no tocase...sería como una piedra. “Estaría” en la creación, pero no “viviría”.

LAS “HERRAMIENTAS” DE COMUNICACIÓN: Si con los sentidos podemos comunicarnos con el mundo de las cosas, con las facultades (memoria, entendimiento y voluntad) podemos comunicarnos con el mundo del espíritu, con el mundo de las ideas. En esto aventajamos a un perro: él sólo se comunica con el mundo de las cosas, el hombre se comunica también con el mundo de las ideas. Un perro es incapaz de leer un periódico, un hombre es capaz de ello. Y eso ¿por qué? Pues porque Dios le ha dotado de unas “herramientas” de tipo espiritual que no las posee un perro.

¿CÓMO SE MANIFIESTA LA VIDA DIVINA?: Ahora bien, si la vida animal y la vida humana tiene cada una de ellas un modo de manifestarse y de actuar, es lógico que esa “vida divina” que llevamos dentro tenga también su manera de manifestarse y de actuar. Así es. La vida divina que tenemos, se manifiesta y actúa a través de las virtudes y de los dones, que son como “semillas” que depositó el Espíritu Santo en nosotros el día de nuestro bautismo. Como los sentidos y las facultades son los instrumentos que tenemos para desarrollar nuestra vida humana, así “las virtudes y los dones” son los instrumentos para desarrollar nuestra vida divina.

EL GRAN ARTISTA: El Espíritu Santo es un gran Artista. Un Artista que se propone un hermoso ideal: el de realizar en cada hombre la figura de Jesús de Nazaret. Para realizar este ideal, el Espíritu Santo desarrolla una acción en las almas: una acción constante, íntima, progresiva y eficaz. El Espíritu Santo se muestra audaz. No olvidemos que quiere realizar en el “hombre” una obra “divina”. Eso sería totalmente imposible si su dirección. Sin esa dirección la santidad del hombre resultaría completamente imposible. Ya tenemos al gran Artista en su taller, y al hombre frente a él. Vamos a observar cómo actúa este gran Artista para lograr hacer una “obra divina” en un ser humano. Como nosotros obramos con sentidos y con facultades, el Espíritu Santo trabaja con virtudes y con dones. Las virtudes infusas y los dones son como las dos manos del Espíritu Santo para realizar su obra en nosotros. Al tratarse de una auténtica obra de arte, casi todo lo hará el Espíritu Santo, pero requiere nuestra cooperación. Cooperación que se reduce a “no oponer resistencias”, a no “frenar” su obra. Y aun para eso, tendrá que ayudarnos El, ya que tanto para poner en funcionamiento las virtudes, como los dones, el hombre necesita de la ayuda de una gracia actual. El Espíritu Santo pone en nuestras facultades humanas dones divinos: en la inteligencia humana el Espíritu infunde los dones divinos de sabiduría, entendimiento, consejo y ciencia. En la voluntad humana el Espíritu infunde el don de piedad. En la sensibilidad humana, el Espíritu infunde el don de fortaleza y del temor de Dios. Las virtudes infusas son actuadas por el mismo hombre, mientras que los dones son movidos directa e inmediatamente por el Espíritu Santo. Tanto las virtudes infusas como los dones son *pinceles divinos*. La diferencia está en que los pinceles divinos de las virtudes infusas son manejados por el hombre (el aprendiz de pintor, podríamos decir), mientras que los pinceles divinos de los dones son manejados única y directamente por sólo el Espíritu Santo (el Maestro pintor). Y es natural que sea así; no podría ser de otro modo. Aquí pasa lo que sucede en el taller de los grandes pintores. El maestro se reserva lo más difícil y deja a los colaboradores hacer lo más sencillo.

(www.apostoladodelaoracion.com) (www.adoradoraspresenciales.com)





Febrero 2020 “¡ven... y verás!”

CÓMO ACTÚA EL ESPÍRITU SANTO (III)

SIN “DONES” NO HAY IMAGEN PERFECTA DE JESÚS: Para tallar a Jesús con perfección (ser santos al estilo de un san Francisco de Asís o de una Teresa de Jesús...) es preciso hacerlo con los “dones”. No bastan las virtudes infusas. El “don” manifiesta perfección, seguridad, facilidad. En cambio las virtudes, aunque sean infusas, suponen una cierta torpeza, una cierta fragilidad. Por eso la obra de la santidad, sin los dones del Espíritu, es imposible. La obra maestra del Espíritu Santo es la santificación de las almas. En Jesús de Nazaret realizó el Espíritu Santo la obra maestra de la creación. Jesucristo fue un dechado de belleza, de fortaleza, de alegría, de generosidad... Todo lo mejor se juntó en su naturaleza humana, unida hipostáticamente a la naturaleza divina. Y así brotó de las manos del Espíritu Santo la persona de Jesús, el Dios-hombre, el hombre Dios. Después de Cristo, la obra más bella realizada por el Espíritu Santo fue la Virgen María. Luego vendría San José, san Juan Bautista, san Pablo...y tantos y tantos santos y santas de todos los continentes, de todos los siglos, de todas las edades y temperamentos. La infinita variedad de Santos que conforman el ser de la Iglesia y son su mejor timbre de gloria, ha sido invadida por este juego y quehacer del Espíritu Santo en ellos.

En realidad, nuestra santificación es la prolongación y el complemento de la obra del Espíritu Santo en Jesucristo. San Agustín lo expresó preciosamente en dos de sus más logradas expresiones: “*un cristiano es un Cristo en flor*”, y “*Totus Christus, Ille et nos*” (el Cristo entero es El más nosotros). Para ser santos importa mucho y el todo actuar movidos por los “dones”: los siete dones (el don de sabiduría, de ciencia, de consejo...etc). De ellos hablaremos en el próximo mes de marzo. Siendo como son dones “divinos”, actuados directa e inmediatamente por el Espíritu Santo, podemos preguntarnos sobre su desarrollo.

PROPICIAR UN CLIMA: Para su mejor desarrollo conviene un “clima” de ardiente caridad (Dios siempre lo Primero, es el Absoluto...!), desarrollando en nosotros las virtudes y potenciando la docilidad al Espíritu Santo. Este “clima” hace que el alma llegue a una íntima unión con el Espíritu Santo.

“ESPIRITUACIÓN”, PALABRA RARA, PERO DENSA: Es una unión que no podemos llamar “encarnación” (unidad de persona: el Verbo con la naturaleza humana), como se da en Jesús. Pero sí podríamos llamarlo “*espirituación*” (unidad de gracia: el Espíritu Santo con el alma). Es el término que emplea San Juan de Ávila, cuando en uno de sus sermones dice algo tan bonito como esto.

SAN JUAN DE ÁVILA LO EXPLICA MUY BIEN: “Mas ¿cómo llamaremos a esta junta que el Espíritu Santo quiere hacer y hace con tu alma? Encarnación no; pero es un grado que tanto junta el alma con Dios, y un casamiento tan junto y tan pacífico, que parece mucho Encarnación, aunque por otra parte mucho diferencien. Porque la Encarnación fue una tan altísima unión del Verbo divino con su santísima Humanidad, que la subió a Sí a unidad de persona; lo cual no es acá, sino unidad de gracia; y como allí se dice Encarnación del Verbo, se dice acá “Espirituación” del Espíritu Santo.

Así como Jesucristo predicaba, así ahora el Espíritu Santo predica; así como enseñaba, así el Espíritu Santo enseña; así como Cristo consolaba, así el Espíritu Santo consuela y alegra. ¿Qué pides? ¿Qué buscas? ¿Qué quieres más? ¡Que tengas tú dentro de ti un consejero, un ayo, un administrador, uno que te guíe, que te

aconseje, que te esfuerce, que te encamine, que te acompañe en todo y por todo! Finalmente, si no pierdes la gracia, andará tan a tu lado, que nada puedas hacer, decir ni pensar, que no pase por su mano y santo consejo. Te será amigo fiel y verdadero; jamás te dejará si tú no le dejas...

Como Cristo andaba entre los hombres haciendo obras tan santas y así como estas obras no las pudiera hacer si no fuera Dios, y las hizo en aquel hombre (Jesús de Nazaret) y las llamamos obras que hizo Dios y hombre, así estas otras que hace acá el Espíritu Santo en el corazón donde mora, las llamamos obras del Espíritu Santo con el hombre como menos principal.

¿No se llama desdichado y malaventurado quien no tiene esta unión, quien no tiene tal Huésped en su casa, quien no tiene tal Consejero, quien no tiene tal Guía, tal Arrimo, tal Ayo y Consolador y Conservador? Y porque no le tenéis, andáis cuales andáis desconsolados, tristes, sin ánimo, llenos de amargura, sin devoción, llenos de miserias. Decidme: ¿lo habéis recibido? ¿Lo habéis llamado? ¿Le habéis importunado que venga? ¿Cuántas lágrimas os ha costado? ¿Cuántos suspiros? ¿Cuántos ayunos? ¿Qué devociones habéis hecho? ¡Dios sea con vosotros! No sé cómo tenéis paciencia, ni cómo podéis vivir sin tanto bien! Mirad, todos los bienes, todas las mercedes y misericordias que Cristo vino a hacer a los hombres, todas éstas hace este Consolador en nuestras almas” (San Juan de Ávila, Tratado cuarto: el Espíritu Santo en las almas)

La Madre Trinidad, fundadora de “la Obra de la Iglesia” es una gran mística. Transcribo dos de sus poesías al Espíritu Santo.

(ERES TAN CERCANO): “Te me eres más cercano – que el latido de mi pecho – que el respirar de mi vida – en mi noche tras mis velos /

Eres lumbre en mi camino – consuelo de mi destierro – gozo, paz y fortaleza – en mi marchar lastimero /

Eres tan mío, tan hondo – tan penetrante, tan bueno – que mi destierro es llenura – ante la unión de tu fuego /

Amor, te eres tan mío – que mayor unión no entiendo – porque los dos somos uno – en la unión de tu misterio”

(CON TU ENCUENTRO ME LLENÉ): “Me diste cuanto busqué – porque sólo a Ti buscaba – y, al encontrarte, encontré – lo único que esperaba /

Sólo hallarte apetecí – eso sólo deseaba – por eso, cuando te vi – no pude pedirte nada / porque al verte, yo hallé – todo lo que en mí buscaba – con tu encuentro me llené – y ya nunca quiero nada”

Terminamos la lectura con una oración de Javier Mañé, uno de nuestro grupo, que el Señor llevó ya al cielo con Él:

“Espíritu Santo, Dios con el Padre y el Hijo, ¡Don de los Dos! / Viento que barre pecados – Fuego que quema lo inútil – Agua que riega la siembra – Sol que madura el amor – Luz que guía los pasos – Aliento que empuja adelante – Brisa que alivia cansancios – Fuerza que premia el esfuerzo – Verdad mostrada al que busca – Salud que restaura justos – Don que supera tus dones – Promesa que cumple deseos – Bondad que atiende plegarias – Mira, su faltas, nuestro vacío. ¡Ven y no tardes, Espíritu Santo! Amén”.

(www.apostoladodelaoracion.com) (www.adoradoraspresenciales.com)





**Marzo
2020**

“¡ven... y verás!”

EL ESPÍRITU SANTO HACE HOMBRES “ESPIRITUALES” (I)

Monseñor Uriarte, cuando era obispo de Zamora, publicó un documento para la Cuaresma, titulado “Vida alternativa”. De él extraemos algunos de los pensamientos que dedica a la acción del Espíritu Santo en los corazones de los hombres. En medio de un mundo materializado y lleno de muchas carencias de todo tipo, el Espíritu Santo suscita en su Iglesia hombres y mujeres “espirituales”.

En lenguaje bíblico, espiritual no es aquel que se distancia de la vida; es simplemente aquel que se abre a la realidad personal y comunitaria dejándose guiar por el Espíritu. Entre el materialismo y el espiritualismo está la auténtica espiritualidad. Vamos a esbozar algunos rasgos del “hombre según el Espíritu” que nosotros, como cristianos, deberíamos encarnar para ofrecer a nuestra sociedad una alternativa cristiana.

“SERÉIS MIS TESTIGOS” (Hechos 1,8): Un mundo apático ante valores humanos y cristianos capitales e insensible a los problemas y sufrimientos de la gente, necesita, como terapia de choque, una generación de testigos. Nos preguntamos: ¿Qué es ser testigo? Un testigo es algo más que una persona convencida de su fe y cumplidora de la moral evangélica. Testigo es alguien que ha vivido un acontecimiento central y único que le ha ganado el corazón y ha transformado su vida hasta el punto de que ya no puede dejar de transmitir lo que él vive con su palabra y su conducta. Ese acontecimiento central es el encuentro con Jesucristo.

El testigo está tan convencido de que esta nueva manera de vivir es saludable para todos, que se siente motivado a ofrecerla incansablemente a los demás. En consecuencia, el entusiasmo es una de las características del testigo. En una sociedad apática como la nuestra el entusiasmo no tiene “buena prensa”. Fácilmente es confundido con un exagerado idealismo, o con la exaltación y el fanatismo de los iluminados y desequilibrados.

Sin embargo, el entusiasmo del cristiano no es ninguna de estas tres cosas. Nace de la convicción creyente de que es una dicha inmensa creer en Jesús, pertenecer a su comunidad y vivir impregnado de su Espíritu. Brota este entusiasmo de la firme decisión de ofrecer este bien inestimable a sus semejantes. Por supuesto, que el entusiasmo no convierte al testigo en un “cristiano perfecto”.

El Nuevo Testamento nos retrata unas comunidades cristianas llenas de defectos, pero traspasadas por ese fulgor de la experiencia pascual. Es este fulgor el que necesita ser encendido en nosotros y en muchos miembros de la Iglesia.

Ante una sociedad sensiblemente indiferente al Evangelio muchos creyentes llevan una sensación de “decadencia cristiana” que les bloquea para ofrecer su fe. Llegan a creer que el respeto debido a las personas y a las ideas de los demás les obliga a no presentarles la propuesta cristiana. Necesitamos hoy más que nunca que el Espíritu Santo nos comunique ese sereno entusiasmo y un coraje desacomplejado para ofrecer la “alternativa cristiana”.

Cuáles son las formas del testimonio: El modelo máximo y fontal es el mismo Jesucristo. Lleno del Espíritu Santo, Él vivió y ofreció el testimonio en tres registros complementarios: testimonio verbal, testimonio de conducta y testimonio del compromiso.

El testimonio verbal: La gente que vive entre nosotros tiene que saber de nosotros mismos que somos creyentes, que valoramos altamente nuestra fe y que ella nos da fuerza para vivir. Han de conocer no sólo que somos creyentes, sino cuáles son las convicciones básicas de nuestra fe. En temas o acontecimientos de interés (por ejemplo, la ideología de género, la clonación de seres humanos, la deuda externa de los países pobres...) nuestro entorno tiene derecho a conocer de nosotros cuál es la valoración que esos asuntos nos merecen.

Ante conductas reprobables en el mundo político o laboral...el testimonio verbal nos urge a censurarlas con mansa firmeza, tan lejos de una “comprensión” como de una cómoda evasión.

El testimonio de la conducta: Este testimonio constituye ya de por sí una proclamación de la Buena Nueva. Vemos cómo las primeras comunidades cristianas, en el mundo romano, evangelizan por su modo de vivir alternativo y por la sorpresa que ese modo de vivir produce en el entorno.

Cada uno de nosotros y nuestras comunidades estamos llamados a mostrar “silenciosamente” que es posible una conducta y una convivencia social, basada en principios evangélicos, diferentes a los que rigen en la sociedad.

El testimonio del compromiso: Ser testigo del Señor en nuestro mundo entraña “transformar” con la fuerza del evangelio los modelos de vida de la humanidad que están en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de la salvación. La misión del cristiano no consiste sólo en santificarse en el mundo, sino en santificar el mundo.

El empeño por transformar la vida familiar, las costumbres sociales, las relaciones económicas, las leyes laborales, los ambientes culturales abriéndolos al Evangelio es una dimensión de nuestra vocación cristiana. Ejercer ministerios eclesiales y asumir compromisos cívicos son dos componentes del testimonio de los cristianos.

“ALEGRES EN LA ESPERANZA!” (Rom 12,12): El testimonio no puede sostenerse “a golpe de deber”. Necesita ser regado por una agua interior: la alegría. La alegría cristiana no es la alegría temperamental. Tampoco es el gozo consiguiente a una meta lograda en la vida.

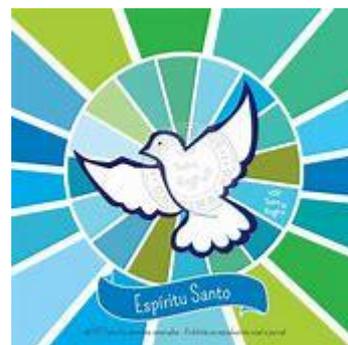
La alegría producida por el Espíritu Santo es diferente. Desde luego no está reñida con el sufrimiento. Con frecuencia es una alegría crucificada. La alegría cristiana brota de una actitud positiva ante la existencia.

Está animada por la convicción de que la vida merece ser vivida porque es fruto del amor, está abierta al futuro y tiene sentido para mí y para otros.

Esta actitud nace de un encuentro profundo con el Señor en la fe, que refresca el centro mismo de nuestra existencia al despertar la persuasión de que Dios nos ama y el deseo de corresponder a su amor. La alegría cristiana, además, es dinamizadora y esencialmente comunicativa.

En una u otra de sus formas, la alegría es el estado habitual de los cristianos espiritualmente generosos. La alegría es un don permanente, regalado por el Espíritu Santo consolador a quienes buscan sinceramente a Dios en el seguimiento fiel a Jesucristo.

(www.apostoladodelaoracion.com) (www.adoradoraspresenciales.com)





**Abril
2020**

“¡ven... y verás!”

EL ESPÍRITU SANTO HACE HOMBRES “ESPIRITUALES” (II)

“PERSEVERANTES EN LA ORACIÓN” (Rom 12,12) La dificultad: Hoy muchos contemporáneos nuestros manifiestan paladinamente “no puedo rezar”. Detrás de esta frase subyace con frecuencia una dificultad más profunda: el temor de que “al otro lado no haya nadie”. Tal vez por esto, algunos tienden a concebir y practicar la oración como un monólogo que intenta llenar un vacío interior.

Hay una serie de prejuicios sobre la oración entre algunos cristianos: que es preciso hoy “orar menos y hacer más”, que no es una actividad de primer orden, tan necesaria como el ejercicios de la caridad...,etc La acción del Espíritu: Nadie puede orar si el Espíritu Santo no viene en su ayuda.

El ser humano puede gritar, pero no puede convertir su grito en oración, porque orar entraña reconocer a Dios como Dios y este reconocimiento es fruto del Espíritu Santo. La oración es esencialmente comunión con Dios y con su voluntad. El grito de Jesús en Getsemaní “que se aleje de mí este cáliz” se convierte en oración porque añade: “sin embargo, no se haga mi voluntad sino la tuya”.

El Espíritu que alienta el inicio de nuestra oración, inspira también todo su posterior recorrido. Podemos decir que nuestra oración es “acción de Dios y acción del hombre, brota del Espíritu Santo y de nosotros”.

¿Por qué orar?: Orar es vital para la Iglesia y para los creyentes. Cuando en un creyente desfallece su vida de oración, desfallece su vida cristiana. Orara es una manera de reconocer que Dios es el Primer Valor de nuestra existencia. Orar es una manera de confesar ante Dios que no somos nosotros la fuente de nuestra salvación. Orar es una manera de abrirse a Dios, a la comunidad cristiana y a toda la humanidad.

“CAMINAD SEGÚN EL ESPÍRITU” (Gal 5,16) Una conducta cristiana coherente es un signo alternativo de incalculable valor. Como en la época del Imperio romano, la actual comunidad de Jesús está llamada a ser un movimiento “inconformista” frente al desfallecimiento ético de la sociedad.

Un combate: La presencia activa del Espíritu Santo en nosotros hace que esta conducta alternativa sea posible, pero no fácil. Nuestra vida cristiana es un combate. San Pablo nos habla de los dos combatientes: el “espíritu” y la “carne.”

La vida moral promovida por el Espíritu es libertad frente a esclavitud, amor frente a indiferencia, servicio frente a pasividad, misericordia frente a dureza. El espíritu y la carne están vivos y en continua lucha. El Espíritu Santo viene en ayuda nuestra siempre que lo invocamos y crea dentro de nosotros el atractivo y la fuerza que nos abre hacia Dios. Hemos de secundar ese dinamismo del Espíritu Santo, que se hace actual sobre todo en los sacramentos y en la Liturgia.

Nuestro combate hoy: Podemos preguntarnos: ¿cuáles son las áreas donde los cristianos hemos de ofrecer un testimonio alternativo más claro y contundente? Fiel al “Espíritu de la vida”, un cristiano hoy ha de distinguirse por un potente amor a la vida humana desde la concepción hasta la muerte. Ha de conectar y movilizarse ante los graves problemas de la humanidad: hambre, armamentismo, cultura del descarte... Ha de

combatir la adoración del “dios dinero”. Habrá de oponerse a la obsesión por un confort cada día más refinado. El confort excesivo nos corroe por dentro. Por eso un cristiano ha de llevar una vida sobria y austera, expresando así su “señorío” sobre las cosas.

Un cristiano, inspirado por el Espíritu, vive el mundo de la sexualidad conforme a unos criterios exigentes, como son el respeto a la persona, y al compromiso contraído ante Dios, la Iglesia y la sociedad. Un cristiano, movido por el Espíritu, asume un comportamiento alternativo respecto a su interés por los pobres, a trabajar por causas grandes y nobles en campañas sociales o en voluntariados. El Espíritu dará la fuerza para realizar lo ordinario de un modo extraordinario.

“PACIENTES EN LA TRIBULACIÓN” (Rom 12,12) La conducta moral cristiana está fundada sobre la libertad y el amor. Pero la libertad y el amor cristianos son con frecuencia “dolorosos”. Por algo la Biblia y la tradición califican al Espíritu como “fuerza para resistir”.

El primer capítulo del sufrimiento son las dificultades de la vida diaria. No se trata de pedir cruces, sino de abrazarlas cuando llegan. Así obró Jesús. Y abrazarlas sabiendo que el dolor ofrecido junto con el de Cristo se convierte en un dolor “redentor” y, por tanto, misteriosamente fecundo. “Ahora –dice S. Simeón- hay que trabajar, esforzarse continuamente, adquirir formas cada vez mayores para conseguir la medida de la estatura de Cristo...”

El Espíritu de Jesús logra hacer estas maravillas en nosotros, si somos capaces de secundar sus inspiraciones y deseos. Hace de nosotros “TESTIGOS” de Cristo, alegres en la esperanza, perseverantes en la oración, modelados según el Espíritu y pacientes en el sufrimiento. Esa es su mejor obra en el ser humano: hacer “pequeños cristos”.

Todo esto lo hace el Espíritu Santo en nosotros porque es la Fuerza de Dios, el Fuego de un amor que abraza cuanto toca. Y lo sabe hacer con suavidad, porque es el mejor Consolador. Sabe ser Luz para el alma, una luz que no sólo da claridad, sino también calor. El Espíritu Santo nos hace amar según Dios.

Por eso escribía hace cinco siglos San Juan de Ávila: *“Cuando viene el Espíritu Santo, no basta nadie a resistirle. Ni la mozuela loca que su vida no era otra cosa sino un continuo pensamiento en cómo se vestiría, y se pondría galana, y cómo se había de afeitar la cara. Cuando el Espíritu Santo viene, hace que la mozuela se huelgue de andar templada en el vestido; ya escoge las lágrimas por agua maravillosa para la cara, ya tiene humildad, porque vino el Espíritu Santo. No basta a moverla el mancebete muy enhiesto con su espada al lado, muy vestido, con mucha soberbia, la pluma en la gorra...Cuando viene el Espíritu, todo lo quema”*.

Nadie como el Espíritu Santo es capaz de hacer que nosotros, en un mundo semipagano, seamos capaces de presentar un modo de vivir “alternativo”, inspirado en los criterios y valores de Cristo.

El es el gran Transformador de corazones. Solamente hay que ver lo que hizo en los Doce apóstoles para caer en la cuenta de su poder transformante. Y cómo va transformando y dando existencia a gentes como Francisco de Asís, el Cura de Ars, el Hermano Rafael, Teresa de Calcuta, Bernadita Soubirous...y tantos otros!

Nada tiene de extraño. Si de Cristo hablaron los profetas, del Espíritu Santo habló el mismo Jesús y es quien nos lo dio a conocer. Le llama el “Espíritu de la verdad”, “Yo os daré un Consolador”.

(www.apostoladodelaoracion.com) (www.adoradoraspresenciales.com)





**Mayo
2020**

“¡ven... y verás!”

EL ESPÍRITU SANTO NOS “HABITA”(I)

La ciudad de Corinto era célebre, entre otras cosas, por la prostitución que en ella había. A la comunidad cristiana de Corinto escribe San Pablo dos cartas. En la primera de ellas les dice claramente: “*¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?*”

Si el Espíritu Santo habita en nosotros como en un templo, es porque nosotros somos inmanentes en Cristo. La inhabitación del Espíritu en nosotros es el resultado, el fruto de nuestra inmanencia en el Cristo glorificado: “*Totus Christus, Ille et nos*”. En el Antiguo Testamento hay como dos cercanías de Dios al hombre: la cercanía física (Moisés, con el que habla Dios “cara a cara”; Abrahán, el “amigo de Dios”...) y la cercanía de un afecto amoroso (“los atraía con lazos de amor” Oseas 11,3-4), ¿se olvida la mujer de su niño...Is 49,15-16). Todo esto indica que el Señor está cerca y que es cariñoso. Ambas tendencias juntas producirán la maravilla de la inhabitación. El Espíritu Santo habita dentro del cristiano santificado y está presente en lo más recóndito de su ser. El Espíritu Santo alienta, vive y ama dentro del ser humano. Esta es la maravilla de la santificación bautismal. El Cristo glorificado no solamente ha dado al cristiano una participación en su propia vida personal, sino que hace más: hace que el Espíritu Santo viva dentro de la persona del bautizado. No somos tabernáculos vivientes de Cristo, ya que Cristo no habita en nosotros como en el sagrario; pero sí somos templos del Espíritu Santo, que habita en nosotros. Ambas formas de presencia: eucaristía e inhabitación son igualmente reales, genuinas y preciosas. Cultivemos ambas; pero sepamos que en el momento de la comunión eucarística, la intensidad de unión entre Cristo resucitado y el comulgante es muy íntima, pero no dura, es transitoria; mientras que la presencia del Espíritu Santo dentro del hombre es igual de intensa –aunque normalmente no nos demos cuenta de ello- y mucho más duradera y permanente. El hombre, todo el hombre, es templo del Espíritu Santo. Y de ahí saca San Pablo argumentos para ayudar a los corintios a mantener la virtud de la castidad.

El Espíritu Santo habita en el hombre... ¿Habita ya en las grandes figuras del Antiguo Testamento: Abrahán, Moisés, David...? Parece que no, ya que la inhabitación del Espíritu Santo en el hombre es un don de Cristo resucitado a su Iglesia. Ellos fueron grandes santos, pero entre su modo de santificación y el nuestro existe una diferencia sustancial, y es que el misterio pascual de Cristo está entre ellos y nosotros como una línea divisoria. Al fin y al cabo, la Ley era un estadio incompleto y de crecimiento. La plenitud llegó con Cristo.

El Espíritu Santo es el “Espíritu de la promesa” (Ef 1,13). Pablo le llama “prenda”, “garantía”...(cuando uno da un adelanto al comprar una casa): “*También vosotros, los que habéis creído en Cristo, fuisteis sellados en el Espíritu Santo prometido, que es garantía de nuestra herencia hasta que consigamos su posesión total*” (Ef 1,13-14). Y en la misma carta a los Efesios les dirá: “*No contristéis al Espíritu Santo, por quien habéis sido sellados para el día de la redención*” (Ef 4,30). Llevamos, pues, la imagen de Dios; estamos “marcados” para siempre como posesión de Dios. Nunca dice San Pablo que estamos sellados por el Padre o por Jesús. San Pablo aplica a la inhabitación del Espíritu Santo expresiones como: habitar, sellar, santificar y dar fianza...y usa tres expresiones sinónimas: Espíritu de Dios (Padre), Espíritu de Cristo, Espíritu Santo. Puesto que la vocación del hombre es la unión con Dios (GS,19), ningún otro aspecto del misterio cristiano afecta tan de cerca a la perfección espiritual como la inhabitación del Espíritu Santo. Porque es Espíritu de Cristo, comunica al hombre la pertenencia a Cristo (Rom 8,9) y lo transforma en cierto modo en Dios, porque “*el que se junta con el Señor se hace con él un solo espíritu*” (1 Cor 6,17).

El hombre que ha pasado completamente bajo su dominio se enriquece y embellece con los frutos del Espíritu, los cuales indican así la fecunda madurez del cristiano (Gal 5,22). Propio es del Espíritu Santo robustecer al hombre interior enriqueciéndolo con el amor, el conocimiento y toda la plenitud de Dios (Ef 3,16). También los carismas son dones múltiples del mismo Espíritu que los concede con absoluta libertad para la edificación del cuerpo de Cristo (1 Cor 12,4-11).

Es en el sermón de la Última Cena cuando Jesús nos revela el misterio de la inhabitación trinitaria: “*Al que me ama, mi Padre lo amará y también Yo le amaré y me manifestaré a él...Si uno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él para hacer (fijar) morada en él*” (Jn 14,22-23). Las relaciones entre Dios y el hombre encuentran en la Biblia su más completa expresión precisamente en la inhabitación trinitaria, que va in crescendo desde el Antiguo Testamento al Nuevo. La presencia de Dios en medio de su pueblo halla su más perfecta expresión en la venida del Hijo para “plantar su tienda” entre nosotros. El Espíritu de Dios, ya preanunciado en el Antiguo Testamento, derramado con plenitud en Cristo, ha sido enviado por Jesús ya glorificado sobre la Iglesia como un río caudaloso. Si en la Biblia aparece clara la inhabitación, también aparece con relieve en la tradición espiritual de los Santos Padres de la Iglesia, en los escritores eclesiásticos y místicos. Espiguemos algunos textos:

Orígenes: “¿Buscas la morada de Dios? El habita en los corazones puros...En cada una de nuestras almas ha sido excavado un pozo de agua viva: allí se encuentra cierto sentido celestial, allí mora la imagen de Dios”

San Cirilo de Jerusalén: “La gracia del Espíritu Santo es como el agua que se asimila en una variedad maravillosa de flores. Su venida es dulce y suave, fragante su sentimiento; como rayo puro ilumina la mente más allá de todo poder con sus carismas”

San Cirilo de Alejandría: “El Espíritu Santo no actúa sobre nosotros a la manera de un pintor que, permaneciendo extraño a la divina esencia, reprodujera sus rasgos; no, no es así como nos recrea a imagen de Dios. Es él mismo el que, siendo Dios y procediendo de Dios, se aplica invisiblemente como un sello sobre la cera a las almas de quienes lo reciben; así, por la comunicación que hace de sí mismo, vuelve a dar a la naturaleza la belleza de antes y re-hace al hombre a imagen de Dios”.

Los místicos nos ofrecen un importante testimonio de la inhabitación divina en el alma. Dice Santa Angela de Foligno: (ella oyó un día en su interior...: “en ti reposa toda la Trinidad, toda la verdad; así que tú me tienes y yo te tengo” Y Santa Teresa de Jesús escribe en su libro *Las Moradas*: “Aquí se le comunican todas tres Personas y le hablan y le dan a entender aquellas palabras que dice el evangelio que dijo el Señor: que vendría él y el Padre y el Espíritu Santo a morar con el alma, que le ama y guarda sus mandamientos. Oh, válgame Dios! ¡Cuán diferente cosa es oír estas palabras y creerlas, a entender por esta manera cuán verdaderas son! Y cada día se espanta más esta alma, porque nunca más le parece se fueron de ella, sino que notoriamente ve que están en lo interior de su alma; en lo muy muy interior, en una cosa muy honda, que no sabe decir cómo es, porque no tiene letras, siente en sí esta divina compañía” (*Moradas séptimas 1, 6ss*) San Juan de la Cruz: Tanto en su *Cántico espiritual* como en la *Llama de amor viva*, aparece claro el estado vivido de esa experiencia de inhabitación: “En esta canción da a entender el alma cómo las tres Personas de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo son los que hacen en ella esta divina obra de unión” (*Llama 2,1*). Y en el *Cántico espiritual (estrofa 39,2-13)* habla de la suprema comunicación del Espíritu Santo, en la que el alma ama a Dios con su mismo amor. En el Magisterio de la Iglesia tenemos una preciosa encíclica de León XIII, en que la inhabitación es denominada “presencia íntima de Dios en el alma por la gracia, que comporta una unión de amor, de amistad y de suave fruición de Dios, superior a cualquier otra clase de amistad... La inhabitación en el estadio terrestre se distingue sólo por la condición y el estado, de aquella con que Dios hace bienaventurados a los que están en el cielo”

(www.apostoladodelaoracion.com) (www.adoradoraspresenciales.com)





**Junio
2020**

“¡ven... y verás!”

EL ESPÍRITU SANTO NOS “HABITA”(II)

Siendo tan hermosa la habitación del Espíritu en el alma, vayamos a lo práctico para ver de qué manera podemos gozar de tan dulce presencia. Y aquí sí que tenemos un buen guía en San Juan de Ávila. Él nos dirá con su gracejo y realismo acostumbrado muchas de las cosas que debemos hacer para poseer, hospedar y gozar de tan grande Huésped, como es el Espíritu Santo.

- 1) **Para recibir el Espíritu Santo es muy importante desearlo ardientemente:** “Pidamos con mucho ahínco al Espíritu Santo que tenga por bien de venir a nosotros”. “Estad con mucha atención y cuidado esperando la venida del Espíritu Santo, no entendiendo en cosas rateras ni bajas de por acá, porque la consolación del Espíritu Santo es muy delicada y poca cosa le hace estorbo”

“Con mucha razón quiere el Espíritu ser deseado. No vendrá a ti el Espíritu Santo si no tienes hambre de Él, si no tienes deseo de Él. Los deseos que tienes de Dios, aposentadores son de Dios” “No te canses de desearlo, que aunque parezca que lo llamas y no te responde, persevera siempre en el deseo y no te faltará” “Debes asentar en tu corazón que, si estás desconsolado y llamas al Espíritu Santo y no viene, es porque aún no tienes el deseo que conviene para recibir tal Huésped”.

- 2) **Además del deseo ardiente, es precios aposentarle:** “Ofrécele casa limpia, porque el Huésped que esperáis es limpiísimo en gran manera”
- 3) **Y hemos de darle de comer:** “Mirad que más es menester que llamar al Espíritu Santo, y más que aderezar la posada; es necesario que aderecéis la comida” “Dale de comer al Espíritu Santo, y dale a comer tu corazón; que carne come, pero mira que es carne mortificada lo que come” “Has de estar muerto al mundo, has de tener tu corazón guardado, en Dios tus pensamientos y deseos levantados”
- 4) **Necesitamos estar recogidos para recibirle como conviene:** “Estate muy recogido para recibir el Espíritu Santo...Mira a la benditísima Virgen y a los santos Apóstoles recogidos en el Cenáculo...¡qué suspiros enviarían al cielo, deseando este Espíritu Santo consolador y reparador suyo!”
- 5) **Nos jugamos mucho en recibir o no al Espíritu Santo:** “Es menester celebrar esta Pascua (de Pentecostés) con mucho cuidado, pues lo que esperamos es tanto”. “Sabes, hermano, qué pierdes si el Espíritu Santo no viene a morar a tu casa?...Este solo Espíritu bastará a consolarte y dar esfuerzo a tu flaqueza, a dar alegría a tu tristeza. ¡Y cómo lo sabe Él hacer! Yo supe de uno a quien el Espíritu Santo se le quiso comunicar tantico y, como loco, salió dando voces por las calles” (se refiere a San Juan de Dios)
- 6) **El Espíritu Santo nos llena de fortaleza y quita todo temor:** “Los Apóstoles, antes que viniera el Espíritu Santo, estaban tan acobardados, tan medrosos, que no se atrevían a salir, sino tenían la puerta del Cenáculo cerrada. Así como el Espíritu Santo vino en ellos, abren las puertas de par en par, salen por esas plazas y comienzan a predicar a Jesucristo”
- 7) **Al Espíritu Santo se le conoce por los efectos que hace en el alma:** “Cuando sintieres en tu corazón un fuego encendido de caridad, un amor firme en Dios, que el Espíritu Santo fuego es: si sintieres dar saltos de cada arriba dentro de ti, eso es Espíritu Santo”. “El Espíritu Santo tiene esta condición, que no puede estar encubierto, y El mismo da testimonio de si tienes ahora a Jesucristo”

- 8) **El Espíritu Santo es Consolador:** “Toda la vida humana trabajamos no para otra cosa sino para buscar tantico consuelo, tantico contento. Pues ¿por qué no trabajamos por tener en nosotros un Consolador que nos consuele y enriquezca nuestra pobreza? ¡Oh si os pudiese yo pegar la devoción al Espíritu Santo!... Todos estamos tristes, todos hemos menester un consuelo. El Espíritu Santo tiene por oficio de consolar a todos” “Para que con la venida del Espíritu Santo templasen los Apóstoles la pena que recibían de la ida de Jesús al cielo, les decía: Os enviaré uno que tiene por nombre Consolador; uno que os enseñará no sólo las cosas presentes, sino las del porvenir; uno que os dirá quién soy Yo, que aún no me conocéis bien: uno que sea Espíritu, que allá dentro de vosotros os enseñe...; uno que nunca os dejará, sino que estará con vosotros cuando comáis y cuando durmáis, cuando estéis en la iglesia y cuando estéis en casa; uno que será tan vuestro compañero, que nunca se apartará de vosotros” “Todo lo que Yo os he hablado, Él os lo declarará. El será vuestro Maestro, vuestro Ayo, vuestro Consolador, para que os consoléis con El; tened por bien que Yo me vaya. – Señor, consolador por consolador ¿no os quedaréis Vos? Contentos estamos con Vos ¡quedaos Vos con nosotros, Señor! – No tenéis razón. Aquella humanidad de Jesucristo que veían no era tan buena como el Espíritu Santo; porque la humanidad era cosa creada y el Espíritu Santo era Dios”
- 9) **Para que venga el Espíritu Santo a nosotros, hemos de poner en medio a Jesucristo:** “¿Cómo querrá venir ese Espíritu Santo a mi posada tan mal aderezada? Temo que no querrá venir. Si miras a ti, razón tiene por cierto que no querrá venir el Espíritu Santo; pero ¿sabes qué has de hacer? Poner en medio de ti y de Él a Jesucristo y a sus merecimientos; y viendo el Espíritu Santo lo que Jesucristo pasó por ti, por amor de Él, luego vendrá” “El Espíritu Santo sobrevendrá en ti sin que tú sepas cómo ni en qué manera, sin que lo sientas ni sepas por qué parte entró, y lo hallarás dentro en tu corazón aposentado; hallarás dentro de tu alma una alegría grande, un regocijo tan admirable y tan lleno que te hará salir de ti”
- 10) **El Espíritu Santo consuela, y también exhorta y reprende:** “El mismo que tiene por oficio consolar, ése mismo tiene por oficio exhortar, y el mismo que te consuela, ése mismo te reprende para quitar aquello que impide tu consuelo”

Todo esto y mucho más hace el Espíritu Santo al habitar dentro de nosotros. En la preparación del Jubileo del Año 2000, invocaba así el papa San Juan Pablo II, al Espíritu Santo: “Espíritu Santo, dulce huésped del alma, prepara nuestra alma/ Espíritu de verdad, dirige a la humanidad para que reconozca en Jesús al Señor de la gloria/ Espíritu creador, guía a la Iglesia/ Espíritu de santidad, renueva la faz de la tierra/ Espíritu de comunión, haz que tus carismas contribuyan a la unidad del cuerpo de Cristo/ Espíritu de consuelo, suscita solidaridad / Espíritu de sabiduría, ilumina la mente y el corazón/ Espíritu de vida, haznos dóciles a tu amor .

Textos: El Espíritu y Sabiduría (Sab 9) – El Espíritu del Señor descansa sobre mí (Is 61) – Pondré en vosotros mi Espíritu (Ez 36) – Derramaré mi Espíritu sobre toda carne (Joel 2 o 3) – Pentecostés (Hech 2) – La vida en el Espíritu (Rom 8) – Ríos de agua viva (Jn 7) – No os dejaré huérfanos (Jn14,16) Recibid el Espíritu Santo (Jn 20) – El Espíritu clama “Padre” (Gal 4) – Nos hace libres (2 Cor 3) – Dios nos da su Espíritu (1 Jn 4)

(www.apostoladodelaoracion.com) (www.adoradoraspresenciales.com)





**Verano
2020**

“¡ven... y verás!”

EL ESPÍRITU SANTO Y MARÍA (I)

El Espíritu Santo y María” se han llevado siempre muy bien”, diríamos en términos populares. Nos encontramos igualmente en la era del Espíritu Santo. Desde la creación del mundo a la venida de Jesús es la “era del Padre”, los treinta y tres años de la vida de Cristo es la “era del Hijo”, y a partir de la ascensión de Cristo al cielo comienza la “era del Espíritu Santo”. El gran Protagonista de la Iglesia es hoy el Espíritu Santo. Lo vemos así en el primer Concilio que hubo, el Concilio de Jerusalén. Sus actas son las más sencillas de los veinte Concilios que hemos tenido en la Iglesia de Jesús. Comienzan así: *“Hemos decidido nosotros y el Espíritu Santo...”* Ya el Papa San Juan XXIII hablaba de un “nuevo Pentecostés” en la Iglesia. El movimiento “ecuménico” surge con fuerza a comienzos del siglo XX con los movimientos pentecostales, tanto protestantes como católicos. Ese movimiento que comenzó con el Pastor Paul Watson en 1904 en el campo protestante y fue seguido por el movimiento carismático católico en 1967. Ambos movimientos nacieron en los Estados Unidos, de un pastor protestante el primero y de un grupo de profesores y estudiantes católicos el segundo. En el interior de los mismos se encuentra una manifestación de los carismas del Espíritu, de la que ya hablaba el apóstol Pablo en el capítulo 12 de su primera carta a los corintios. Si la Pascua de Navidad se celebra precedida del Adviento y la Pascua de Resurrección precedida de la Cuaresma ¿qué menos que tomarnos, al menos, una semana para prepararnos al Pascua de Pentecostés? En nuestra mano está el hacerlo. Pentecostés no es un hecho pasado, no pertenece a la historia sino a la actualidad. Las fiestas litúrgicas (Navidad, Pascua...etc.) pasaron en cuanto “acontecimientos” que se realizaron en un determinado tiempo y lugar, pero nunca pasan en cuanto a su “poder salvífico”. El mismo efecto va a hacer el Espíritu Santo en nuestra alma que lo hiciera el día de Pentecostés. La transformación que tuvo lugar en los Apóstoles se producirá igualmente en nosotros si sabemos, como ellos, esperar al Espíritu, deseárselo y entregarnos dócilmente a su acción en nuestra alma.

¿QUIÉN ES EL ESPÍRITU SANTO? Es, tristemente, el Gran Desconocido para muchos cristianos, como lo era en Atenas (Hech 17,23) y en Efeso (Hech 19,1-2), según lo constató San Pablo. Es el Consolador. Así le llama Jesús: *“cuando Yo me vaya, os enviaré otro Consolador”*. Será quien consuele a los Apóstoles de la ausencia de Cristo. Dirían ellos: ¿será posible que venga uno tan grande, tan bueno que nos cure esta herida de la separación de Cristo, que no sintamos este inmenso “vacío” que experimentamos...? ¿Será –como Jesús- consuelo en nuestras penas, maestro en nuestras ignorancias, padre en nuestras necesidades...? Será no ya Consolador, sino un Gran Consolador, puesto que cubrirá perfectamente el “hueco” que dejó Jesús. Esta es una de las razones por las que se prueba la divinidad del Espíritu Santo. ¿Hemos experimentado alguna vez al Espíritu Santo como consolador? Dice San Juan de Avila: Preguntas a una mujer casada: Oye ¿cómo es tu marido? Es tierno, dulce o áspero...? Si dijera: ¡pues no lo sé...!, dirías tú: pues si ella no lo sabe ¿quién lo sabrá? Si nos preguntaran a nosotros hoy: ¿cómo es el Espíritu Santo, tendríamos que decir: espera!, que consulto un libro y te lo digo...? **El Espíritu Santo es Luz para el alma**, que nos da a conocer en particular, y no en general, lo que nos conviene. **Es Fuego que abrasa todo lo que no es El y nos hace amar según Dios. Es un gran Transformador de almas.** Lo constatamos en los mismos Apóstoles: de violentos los hizo mansos, de soberbios, humildes... Lo vemos en la vida de todos los Santos. **Lo que antes hacía Jesucristo en su vida mortal, lo hace ahora el Espíritu Santo en su Iglesia:** El cura enfermos, hace oír a los sordos, resucita muertos... Y lo hace por sí mismo o por medios de los seguidores de Jesús. Se cumple así lo que dijo el Señor a sus apóstoles: “vosotros haréis las cosas que Yo he hecho y aún mayores”. El Espíritu Santo es el Timonel de la navicilla de nuestra alma. En un mar lleno de olas y tempestades, es un Viento capaz de conducir la navicilla a puerto.

El Espíritu Santo es el Beso que da Dios al alma, es como un Abrazo que todo lo llena de luz y pone paz donde había turbación y alegría donde anidaba la tristeza. En uno de sus sermones se expresaba así San Juan de

Ávila:” Padre, decidnos ¿qué cosa es Espíritu Santo? – y él responde: No hay lengua que pueda decirlo, ni oído que pueda oírlo, ni corazón que lo pueda sentir, qué cosa es aquel beso, aquel abrazo.... Si juntasen todos los olores de cuantas cosas criadas hay en el mundo, en que hubiese algalia, almizcle, ámbar, azahar, jazmines; finalmente, todos los olores se juntasen sin que un olor impidiera al otro ¡qué olor tan suave sentirías, qué consolación te daría, cómo confortaría tu alma! Pues mira, todo sabor amarga, todo sabor es desabrido más que la hiel en comparación del que el Espíritu Santo trae consigo. ¡Oh qué sabor, qué color, qué gusto, qué consuelo, qué descanso, qué regocijo, qué alegría, qué esfuerzo sintieron los apóstoles cuando sintieron el silbo dentro de sus entrañas!” El Espíritu Santo es el gran Regalo que nos hizo Cristo. El Padre nos regaló a su Hijo, Jesús el Espíritu.

GRANDEZA DEL ESPÍRITU SANTO: Si de Cristo hablaron los profetas y los apóstoles, del Espíritu Santo nos habló el mismo Jesucristo. No dejó esta misión a otro. Lo quiere Él tanto, le ha cobrado tanto cariño...que goza hablando de El y disfruta prometiéndole su venida. *“Os conviene que Yo me vaya para que os lo pueda enviar...”* Decía Jesús a Nicodemo: *“el que no nazca del agua y del Espíritu Santo no puede entrar en el reino de Dios”* Nacer del Espíritu no es ningún lujo, es algo imprescindible para nuestro ser de cristianos. Por eso, cuando hacemos algo bueno, no pensemos que es debido sólo a nosotros. Esa obra buena –dice San Juan de Ávila “tiene madre en la tierra (la libertad humana) y padre en el cielo (el Espíritu Santo)”. Jesús anuncia al Espíritu Santo como un Manantial de aguas vivas: *“Si alguno tiene sed, que venga a Mí y beba...; de sus entrañas manarán torrentes de agua viva. Esto dijo Jesús aludiendo al Espíritu que habían de recibir” (Jn 7,38)*

SEÑALES PARA RECONOCER AL ESPÍRITU SANTO. El Papa Francisco está hablando con frecuencia de la necesidad que tenemos los cristianos de aprender a “discernir”. San Ignacio compuso en sus Ejercicios unas preciosas reglas de discernimiento espiritual. Manejémoslas asiduamente. Damos ahora unas sencillas “pistas” para conocer la acción del Espíritu en nosotros. El Espíritu Santo, a veces, reprende y riñe al alma, pero es para que se enmiende y por su bien. “Si después de la riña, de aquella confusión y lágrimas y vergüenza de haber ofendido al Señor, quedáis alegre, con confianza y paz en el corazón, Espíritu Santo es” –dirá San Juan de Ávila. El Espíritu Santo oculta, en ocasiones, su presencia, como que está enfadado con nosotros y contrariado por nuestra mala conducta...y esto aun por faltas muy pequeñas, pero voluntariamente consentidas. Cuando el alma se va acercando más a Dios, el trabajo a hacer es más fino y delicado. En ocasiones, pequeñas faltas impiden grandes consolaciones de Dios. El Espíritu Santo es el que obra las grandes transformaciones en la vida de los Santos. Todo está en tomarse muy en serio el hacerse dócil y sensible a sus inspiraciones. Ya decía San Ignacio que “pocas almas conocen y, por ventura, ninguna, lo que Dios haría en ellas si ellas no lo estorbasen”. El Espíritu Santo es quien hace que uno deje riquezas, placeres, libertad...y escoja a Jesucristo. Sin mucho Espíritu Santo en las almas no habrá vocaciones. Pensemos: ¿qué es lo que “atrae” al Espíritu Santo? La oración, la pureza, el amor al prójimo.... ¿Queremos vocaciones? Demos más importancia a esto y menos a publicar folletos y carteles...., que también están bien, pero menos. El Espíritu Santo –dice San Juan de Ávila- “da como un desabrimiento de las cosas terrenas, hace experimentar su vaciedad. Es ya una gracia grande, previa a otras gracias de unión con Él, mucho mayores. “Padre, no sé qué me tengo –decía San Juan de Ávila en un sermón-; lo que mucho me alegraba de antes, ahora me enoja; las alegrías del mundo me entristecen, los placeres me dan pena; los juegos, los pasatiempos, las alegrías y todos los deleites del mundo mi hieden, todo me da fastidio”. Hoy lo expresamos, tal vez de otra manera, pero en el fondo es la misma experiencia. Los tres jóvenes de Cursillos de cristiandad, que se convirtieron de una vida disipada: “la diferencia está en que yo antes venía de la juerga de la movida y me sentía “vacío”; ahora, sin movida me siento lleno y feliz. Esa es la diferencia que experimento”. (XVIII Jornada de movimientos laicales en Madrid- 2018) El Espíritu Santo consuela y aquieta al alma: “No os ha acontecido tener vuestra alma seca, sin jugo, descontenta, llena de desmayos, atribulada, desganada, y como que no le parece bien cosa ninguna buena? Y, estando así en este descontento y algunas veces bien descuidado, viene un airecico santo, un soplo santo, un fresco que te da vida, te esfuerza, te anima, y te hace volver en ti, y te da nuevos deseos, amor vivo, muy grandes y santos contentos, y te hace hablar palabras y hacer obras que tú mismo te espantas: eso es Espíritu Santo”. El Espíritu Santo es el que nos enciende, a veces, en amor de Dios. Es aquello de los discípulos de Emaús: ¿no sentíamos arder nuestro corazón por el camino? No sólo entonces, también en nuestros días opera así el Espíritu de Jesús

(www.apostoladodelaoracion.com) (www.adoradoraspresenciales.com)





Septiembre 2020 “¡ven... y verás!”

EL ESPÍRITU SANTO Y MARÍA (II)

Un texto del santo Hermano Rafael nos lo confirma:

“23 de febrero de 1938 (en plena guerra civil española)

...El otro día todo lo veía negro, mi vida oscura y encerrada, en la enfermería, sin sol, sin luz, sin nada que la ayudara a soportar la carga que Dios ha echado encima de mí..., enfermedad, silencio, abandono..., no sé... Mi alma sufría mucho; el recuerdo del mundo, la libertad..., me abrumaba..., mis pensamientos erran tristes, lóbregos, me creía sin amor a Dios, olvidado de los hombres, sin fe y sin luz. Me pesaba el hábito, tenía frío y sueño..., no sé, todo se juntaba. La oscuridad de la iglesia me entristecía, miraba al sagrario y nada me decía... Con el alma en este estado me acerqué a recibir al Señor. Acababa de ponerme de rodillas con deseos de pedirle a Jesús sosiego para mi espíritu, cuando sentí un fervor muy grande y un amor inmenso a Jesús y un olvido absoluto de todos mis anteriores pensamientos al recordar unas palabras que yo creo que Jesús me inspiró en aquel momento, y que decían: Yo soy la Resurrección y la Vida!

¡Para qué expresar lo que mi alma se consoló! Casi lloraba de alegría al verme a los pies de Jesús, enterrado en vida. Mis manos apretaban el crucifijo y mi corazón hubiera querido morir, pero ahora por amor a Jesús, por amor a la verdadera vida, a la verdadera libertad... Hubiera querido morir de rodillas abrazado a la cruz de Jesús, amando la voluntad de Dios..., amando mi enfermedad, mi encierro, mi silencio, mi oscuridad, mi soledad, amando mis dolores, que en un momento de luz..., y con una chispa de amor de Dios, tan pronto se olvidan. ¡Qué pequeño me parecía todo!..., el mundo con todas sus criaturas..., qué insignificante mi vida, con tantos y tan pueriles cuidados..., qué insignificantes los intereses humanos..., el Monasterio qué pequeño con sus monjes..., en fin, cómo desaparecía todo ante la inmensa bondad de Dios que se abate hasta mí para decirme: ¿por qué sufres? Yo soy la Salud, Yo soy la Vida... ¿qué buscas aquí?” En este largo y precioso párrafo del Diario del Hermano Rafael se repite lo que hacía ya 400 años había escrito San Juan de Ávila: “La señal principal de que Dios está en uno, es cuando menosprecia todo lo que hay en la tierra que Dios no es y sólo trata de amar y agradar a su Dios, como bien único suyo. Y en esto verás, hermano, si el Espíritu Santo ha venido a ti, si andas con fervor y con alegría en el camino de Jesucristo”. El Espíritu Santo no te dejará pasar con cosa mala de cuantas tu sensualidad te pidiera. El demonio, disfrazado en ocasiones de “ángel de luz”, pretende engañar al alma con razones aparentes, razones de “carne y sangre”...; pero todo eso te lo combatirá el Espíritu Santo y ¡felices de nosotros si en esa lucha Dios nos vence siempre...! Decidirse a servir a Dios con generosidad es entrar en un campo de combate. “Mi vida –escribía el Hermano Rafael- es una continua mudanza de consuelos y desolaciones. Estas son tristezas y penas a veces muy hondas..., pensamientos que me turban, tentaciones que me hacen sufrir. Los consuelos son lo mismo, pero al revés, alegrías interiores desconocidas, ansias de padecer y amor a la cruz de Jesús que llenan mi alma de paz y sosiego en medio de mi soledad y mis dolores, que no cambiaría por nada del mundo”

CONDICIONES PARA QUE VENGA EL ESPÍRITU SANTO: Es tan bueno el Espíritu Santo que vale la pena hacer cualquier esfuerzo de nuestra parte para recibirlo bien. ¿Cómo preparar nuestro corazón?

- 1) **Sintiendo grandemente de Él**
- 2) **Teniendo un deseo muy grande de recibirlo.** “Los grandes deseo aposentadores son de Dios” – decía San Juan de Avila..Nadie quiere ir a casa de otro si sabe que su presencia no es deseada. A veces tarda en venir para que lo desemos con mayor ansia.
- 3) **No vendrá a ti si no te despegas de los “consuelillos” humanos.** Dice San Bernardo: “Delicada es la consolación divina y muy sutil, y no se da a los que admiten consolaciones humanas”. Un Padre Instructor (USA) decía: algunos jesuitas no llegan a una alta oración, porque están demasiado apegados a consuelillos humanos: cigarrillos, licores, cine...

- 4) **Tampoco vendrá si tienes el corazón excesivamente “apegado y prisionero”** de otras personas, aunque no sea con amor malo. El Espíritu Santo no vino hasta que Jesús se marchó al cielo; por eso les decía: “os conviene que Yo me vaya...”. “La causa –escribe San Juan de Avila- porque no vino el Espíritu Santo a los apóstoles, estando acá Jesucristo en este mundo, fue porque estaban ellos colgados de la presencia de su Maestro y estaban contentos con aquello solo; y aunque la presencia de nuestro Señor era tan santa y buena, pero estorbaba a los apóstoles de no ser perfectos, y por eso Jesucristo se quiso ir” El Espíritu Santo quiere estar a solas contigo. Es muy celoso el Espíritu Santo y no vendrá a ti mientras no quites el amor demasiado a las criaturas, aunque sea tu confesor o tu director espiritual.

Para que el Espíritu Santo venga a nosotros es preciso tener no sólo deseos, sino obras. Por eso: Prepárale buena casa donde hospedarle, que gran Huésped es. Limpia y brillante tu corazón.

- 1) **Dale de comer lo que sabes que a Él le gusta:** un corazón bien mortificado especialmente por el cumplimiento perfecto de tu deber; un corazón muerto a la vanidad, a la soberbia, a la envidia..., a todo lo que no es Él, y vivo para la pureza, para el sacrificio, para el amor a los otros...
- 2) **Estate recogido sin derramarte hacia afuera.** No son las ocupaciones lo que nos quita el trato íntimo con el Señor, sino el no tener el corazón en paz, la falta de dominio de nuestra imaginación, de nuestros afectos, de nuestros nervios... El Espíritu Santo viene con gusto a corazones que saben estar sosegados y con paz.
- 3) **El Espíritu Santo viene a los corazones pobres:** “los deseos de los pobres no los menospreció Dios”. Y pobre es quien desconfía de sí mismo y confía en sólo Dios, el que conoce su debilidad y pequeñez y la acepta con sencillez y alegría.

MARÍA, MODELO DE DOCILIDAD Y TRANSPARENCIA AL ESPÍRITU. Después de Jesús, la intervención santificadora más grande que ha tenido el Espíritu Santo en nuestro planeta azul ha sido la de la Virgen María. Existen dos cumbres altísimas en la vida de la Virgen con relación al Espíritu Santo. Una es la Anunciación, otra es Pentecostés. En ambas es un tomar posesión de algo que le pertenece por completo. Es una virgen totalmente entregada a la acción de Dios, con inmensa alegría, pero también con la inmensa responsabilidad y libertad de saberse pieza clave en los planes de Dios. “Los Santos Padres –dice Pablo VI en la encíclica *Marialis cultus*-han descubierto en la intervención del Espíritu Santo sobre la Virgen una acción que consagró e hizo fecunda la virginidad de María y la transformó en Aula del Rey (San Ambrosio), Templo del Señor (San Jerónimo), Sagrario del Espíritu Santo (San Isidoro, San Bernardo, San Ildefonso...)” “El Espíritu Santo y María “forman y dan existencia a Jesús”. ¿Cómo tuvo lugar eso? Hay una disponibilidad maravillosa en María, que es toda ella fruto del inmenso amor con que Dios la quiere.; y hay una actividad de María, fruto de su libre albedrío, que la hace abandonarse por completo en las manos de Dios. Y hay, por fin, un fruto exquisito de esta doble actitud, que es el nacimiento en Ella de JESÚS. Vemos a Dios enamorado de la Virgen, a la que llenó de gracia. Dice San Juan de la Cruz: “el mirar de Dios es amar.” Dios derramó sobre María las gracias de hermosura que mejor podían enamorarle en beneficio nuestro. “Se adelantó a vestirla de Sí –comenta el Padre Orbe- y así, en la Virgen, enfermó Dios de Dios, herido de una carne ungida por Él....Dios la había hecho toda Ella “graciosa”. El Verbo va en busca de María para encarnarse y los deseos de María se encontraron así con los del Verbo. De este modo, todo estaba a punto para que el Espíritu Santo entrara en acción. El Espíritu Santo vino sobre María. Algunos escritos antiguos le llamaban Espíritu Virginal. Si virgen la halla, la tornará más virgen. Él irá disponiendo el seno de María para la concepción y nacimiento dignos del Hijo de Dios. Por limpia que fuese la Virgen, de alma y cuerpo, ¿lo era tanto que respondiese a la pureza de la humana naturaleza del Hijo? El cuerpo de nuestra Señora, sin sombra de imperfección, era todavía físicamente no idóneo para ofrecerse, sin más, al Hijo de Dios. ¿Sería, pues, descabellado –escribe el Padre Orbe- atribuir a la Madre de Jesús una Noche pasiva, de singularísimos sufrimientos, a lo largo de la concepción? Así, poco a poco, pero cada día con mayor intensidad, fue el Espíritu Santo preparando el alma y el cuerpo de la Virgen para la venida de Jesús a Ella.. Toda la Trinidad y María están presentes en esta obra sublime de la encarnación de Jesús. El Padre está en los cielos –diría la Virgen- y yo en la tierra. Haga Él conforme a su beneplácito para engendrar en mí lo que le cumpla. ¿Desde cuándo tuvo querer propio su sierva? Y María se abandona a Dios en pura disponibilidad. Yo no soy mía –pensaba-, sino de mi Señor. Jamás pediré a mi Señor las llaves que un día le entregué para siempre. Todo en María nos habla de disponibilidad, de humilde transparencia ante Dios.

(www.apostoladodelaoracion.com) (www.adoradoraspresenciales.com)



**Octubre
2020**

“¡ven... y verás!”

EL ESPÍRITU SANTO Y MARÍA (III)

Hemos visto hasta ahora la disponibilidad de María (lo que Dios ha hecho en Ella). Veamos ahora también su actividad (su cooperación al querer de Dios, lo que hace Ella).

Contemplando San Bernardo este misterio de la encarnación del Verbo en María, comenta: “El ángel aguarda la respuesta. Tiene prisa por volver al Señor que le envía. El mundo entero mira a vuestra boca. De ella pende el consuelo y la salud. Asentid, Virgen, sin demora... ¿Tanto cuesta cambiar un verbo por el de Dios? Dad el sí y Yahvé os entregará el suyo.” Nunca Dios estuvo así colgado de boca tan dulce. A eso venía todo: a lograr el sí de la Virgen, un sí amoroso y espontáneo. Y María, con plena responsabilidad de sus actos, da el sí. El peso de gracias acumulado en María cayó de golpe sobre su espíritu y la envolvió en claridad divina. Dios no se contentó –para la Virgen- con un sí lánguido en la inconsciencia de una joven deslumbrada por acentos de ángel. La Virgen había subido de golpe, a impulsos del Espíritu Santo, a una claridad de mente nunca por ella merecida, a fin de entrar –con un SI decidido- en la existencia futura de Jesús, desde Belén al Calvario. La Virgen entendió perder para siempre el sentido de su entrega a Dios, la razón única de su vida en el mundo, si no acogía para sí –en adelante- el mismo régimen señalado por el Padre a su Hijo hecho hombre. Y esta decisión la mantuvo la Virgen a lo largo de su vida. La Virgen sabía muy bien que aquel SI de Nazaret entrañaba el entrar toda su vida en la “hora de Jesús”. La Virgen iba entrando cada vez más en el secreto del Hijo. Leemos en San Juan: “*el día antes de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre...*” ¿No sería una “hora” única la de ambos, Madre e Hijo?. Dios la quería para la hora de su Hijo. A esta luz ¡qué bien se entienden las palabras de Santa Teresa: “Mirad que importa esto mucho más que yo os sabré encarecer. Poned los ojos en el Crucificado y todo se os hará poco”

¡Ojalá nos decidiéramos todos a dar a Dios un SI parecido al de María! La felicidad del hombre –dijo Jesús- más está en dar que en recibir. Como el sí de María, también nuestro sí es capaz de “hacer a Jesús” dentro de nosotros mismos. Fruto de la actitud de plena disponibilidad y de ese sí nuestro a Dios es el nacimiento de Cristo en nuestro corazón. La primera actitud para que Jesús “nazca” es nuestro corazón y se engendre en él es la de dejarse hacer por Dios. Ninguna criatura se “dejó hacer” por Dios como María. Ella era tierra “humedecida por el Espíritu Santo” –dice un Santo Padre. No está el secreto de la santidad tanto en “hacer” como en “dejarse hacer” por Dios. ¿Qué vale más: crear mundos de ángeles y hombres, o recibir el beso de Dios? Jesús es el Beso que Dios da al mundo.

Este “fiat” de la Virgen, este “sí” de María (hágase en mí según tu palabra) quiere decir: “*Bésame con el beso de su boca*”. Solicitada por el ángel a entregarse –en cuerpo y alma- al Unigénito del Padre ¿qué otra cosa pudo hacer sino abrirse a Dios y dejar que en Jesús tierra y cielo se besaran dentro de su seno? Y María, invadida por el Espíritu Santo, tras el anuncio del ángel Gabriel, quedó sola. Tal vez lloraba. Era demasiado aquello. Antes miraba al cielo. Ahora cierra los ojos a mirar su interior tesoro. No lo puede creer: ¡Dios mío, hijo mío! Solamente María ha podido decir estas palabras. Ninguno más ni antes ni después que Ella. Por eso María es Única.

MARIA Y EL ESPÍRITU SANTO FORMAN A CRISTO EN NOSOTROS: Aunque a infinita distancia de la Virgen, de algún modo también nosotros estamos destinados por Dios a “formar a Cristo” dentro de nosotros. María sabe el secreto, Sólo Ella posee la “patente” de cómo se engendra a Jesús. Nos dice Pablo VI en la *Marialis cultus*: “los Santos Padres recurrieron a la intercesión de la Virgen para obtener del Espíritu la capacidad de engendrar a Cristo en su propia alma” María es nuestra Madre y su maternidad espiritual consiste en reproducir los rasgos de Jesús en nosotros. María quiere hoy dar a luz al mundo moderno muchos Cristos que le recuerden a su Hijo.

LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO (I)

RECOJAMOS EL FRUTO: En este curso sobre el Espíritu Santo, nos pasa a nosotros como al labrador que, después de haber regado, podado y cultivado con esmero sus árboles frutales, se prepara para recoger los dulces frutos que la tierra le ofrece. Nosotros, tras haber contemplado cómo el Espíritu divino llena toda la creación, cómo a lo largo de los siglos ha sido anunciado ya en el Antiguo Testamento para tener su plena efusión en el Nuevo, vamos a recoger los preciosos regalos de “sus dones y sus frutos”.

EL PROTAGONISMO DEL ESPÍRITU: El Espíritu Santo es el Protagonista en la Iglesia de Jesús. Hemos visto cómo ha ido formando esas “*figuras crísticas*” que no podemos menos de admirar: un San Pablo, un San Benito, una María Magdalena... ¿Cómo realiza esa obra tan preciosa? De dos maneras. Una, ayudándonos, impulsándonos, dirigiéndonos; pero de tal manera nos impulsa y nos dirige, que nosotros tenemos la dirección de nuestra propia obra. Son las virtudes. Pero hay otra manera de dirigir del Espíritu Santo, y es cuando Él personalmente toma la dirección de nuestros actos, cuando no solamente nos ilumina y nos impulsa, sino que Él mismo mueve nuestras facultades y las impulsa para que realicemos su obra divina.

Imaginemos un gran artista, que va a realizar su obra maestra. Utiliza a sus discípulos más aventajados y les permite que hagan la parte menos importante de su obra. Pero cuando llega a lo más fino de ella, entonces no son los discípulos quienes toman el pincel, sino el maestro. Así es el Espíritu Santo. Va a realizar en nuestras almas una obra divina: la imagen de Cristo. Nosotros vamos trabajando en esta obra, pero hay un momento en que es el propio Espíritu Santo quien, de una manera personal e inmediata, va pintando los rasgos de Jesús en nosotros. Son los “dones”. En el himno de Pentecostés la Iglesia ora al Espíritu Santo como el “*DON de dones*” y le pedirá: “*derrama tus siete dones, según la fe de tus siervos*”.

LOS “DONES” DEL ESPÍRITU SANTO: Los “dones” del Espíritu Santo son como “receptores divinos” que captan sus inspiraciones, por sutiles que sean. Quien no tenga ese don, no podrá “captar” esas inspiraciones o lo hará en un grado muy somero. Pero hay más: los “dones” del Espíritu Santo no solamente “captan” sus inspiraciones, sino que reciben también sus “impulsos” o “toques” para llevarlos a la práctica. No sólo recibe el alma “inspiraciones”, sino también “mociones” que nos impulsan a actuar. Actuamos movidos por el Espíritu de Jesús. Y lo hacemos con fortaleza, con perfección, de un modo mucho más seguro que cuando actuamos con las virtudes. El gran Maestro está actuando en nuestro interior, y eso se nota...!

ESTAR BAUTIZADO ES ALGO GRANDE: Estos “dones” del Espíritu Santo los poseemos todos los que hemos sido bautizados. El día de nuestro bautismo recibimos los “dones” del Espíritu Santo juntamente con las virtudes y la gracia. En tanto que poseemos la gracia de Dios, poseemos igualmente los “dones”. No son algo pasajero, sino permanente. Y es que los “dones” del Espíritu Santo no solamente son necesarios para las grandes obras de los Santos, sino que también en nuestra vida cotidiana, obramos muchas veces bajo el influjo de los “dones” del Espíritu Santo.

No son los “dones” carismas extraordinarios que reciben sólo los santos, no; es algo que todos tenemos y que llevamos en nuestro corazón. No nos damos cuenta la mayoría de los cristianos de las grandes riquezas que Dios ha depositado en nuestro corazón. Claro está que no en todas las almas se desarrollan en el mismo grado y con la misma perfección los dones, como tampoco las virtudes. Virtudes y dones son preciosas semillas que hay que cultivar.

(www.apostoladodelaoracion.com) (www.adoradoraspresenciales.com)





Noviembre 2020 “¡ven... y verás!”

LOS DONES DEL ESPIRITU SANTO (II)

CÓMO DESARROLLAR LOS DONES: Así como las plantas tienen su propia estación y unas se desarrollan en primavera, otras en verano..., de modo parecido sucede con los “dones” del Espíritu Santo que tienen, por así decirlo, la época propicia en la vida espiritual, donde encuentran su pleno desarrollo. Pero todos los “dones” los tenemos siempre, y nuestro deber es desarrollarlos constantemente en nuestra alma. ¿Qué podemos hacer nosotros para que esos “dones” alcancen su pleno desarrollo?

Tres cosas: 1) acrecentar en nuestro corazón la caridad, porque la raíz de los “dones” es la caridad. Porque amamos, por eso podemos recibir las santas inspiraciones del Espíritu Santo. Incluso en el amor humano sucede esto: que cuando se ama de verdad, se tienen intuiciones para descubrir los pensamientos y deseos de la persona amada. Hay como una especial “sintonía”. 2) desarrollar en nosotros las virtudes. Las virtudes están a nuestra disposición, son los “instrumentos” con que realizamos el trabajo de nuestra santificación. Por medio de las virtudes *infusas*, que recibimos también con la gracia de Dios, podemos ir perfeccionando nuestras facultades, y de este modo, a medida que las virtudes crecen, se prepara –por así decirlo– el terreno para que el Espíritu Santo venga y con un trabajo más fino consume nuestra obra. Diríamos que ya los “discípulos” han hecho su parte (las virtudes) y viene entonces el “maestro” a consumir (con sus dones) la obra de arte. 3) Ser dóciles a las inspiraciones del Espíritu divino. Cuanto más atentos y mejor recibamos esas inspiraciones divinas, más se van perfeccionando en nosotros los “receptores” misteriosos que son los “dones” del Espíritu Santo. El nombre y número de estos “dones” del Espíritu Santo lo encontramos en el profeta Isaías: “Brotará una vara de la raíz de Jessé, una flor nacerá de esa raíz y *descansará en ella el Espíritu de Sabiduría y de Entendimiento, el Espíritu de Consejo y de Fortaleza, el Espíritu de Ciencia y de Piedad, y la llenará el Espíritu de Temor del Señor*”.

UN PROFETA HABLA DE LOS “DONES”: Lo que Isaías llama “*espíritus*” es lo que nosotros llamamos “dones”. El Espíritu Santo que habita en nosotros (“*dulce Huésped del alma*”) influye en nuestras facultades humanas por medio de sus “dones”. Una de nuestras facultades es el entendimiento: en esta facultad, el Espíritu Santo ha puesto cuatro “dones”: sabiduría, entendimiento, ciencia y consejo. En la facultad de nuestra voluntad hay un “don”, que es el don de piedad. Y con el don de fortaleza vencemos el temor del peligro, y con el de temor de Dios moderamos los ímpetus desordenados de nuestra concupiscencia. Por este conjunto de “dones”, el Espíritu Santo posee por completo nuestra alma.

Vamos a ir explicando cada “don” en particular.

EL DON DEL SANTO TEMOR DE DIOS: Se trata aquí no del temor “servil” (por miedo al castigo), sino del temor “filial” (que es amoroso). El que ama, teme disgustar a la persona amada o causarle daño. Decía San Agustín: “*dadme uno que ame y entenderá lo que digo*”. En muchos pasajes de la Escritura leemos que el “temor de Dios” es el principio de la sabiduría. Incluso el temor “servil”, al apartarnos del pecado, nos ayuda a ir penetrando en el amor verdadero. Este don del “santo temor de Dios” nos ayuda para fomentar la humildad y la templanza. En los “dones” como en las “virtudes” se dan grados. En el don del “temor de Dios” hay un primer grado de aborrecer el pecado grave, viene luego el de aborrecer el pecado venial, incluso las faltas pequeñas, y se culminan con la santa “indiferencia”, que es el desprendimiento total de todo aquello que no te conduce a Dios. Es lo que Jesús propuso al joven rico: “*deja lo que tienes....*”

EL DON DE FORTALEZA: En la vida espiritual, como en cualquier empresa noble, encontramos dificultades. Además, estamos rodeados de peligros. Para superar las dificultades y eludir los peligros el Señor nos ha provisto de un conjunto de virtudes, que se agrupan alrededor de la virtud cardinal de la Fortaleza, como son: la paciencia, la perseverancia, la fidelidad, la magnanimidad...etc. Con las “virtudes” trabajamos con nuestras fuerzas humanas, pero con el “don” de Fortaleza entra en acción la fuerza de Dios en nosotros, que nos hace decir como San Pablo: *“Todo lo puedo en Aquel que me conforta”* Es la fuerza que admiramos en los mártires, en los santos que tuvieron que enfrentarse a situaciones muy difíciles y no desfallecieron. Decía San Ignacio de Antioquía cuando lo llevaban prisionero a Roma para morir en el anfiteatro: *“Si las fieras no se arrojan sobre mí, yo las azuzaré para que me devoren; soy trigo de Cristo y he de ser triturado por los dientes de la fieras para convertirme en pan inmaculado”*

EL DON DE PIEDAD: Las mociones del Espíritu Santo llegan a todos los rincones de nuestro ser. Por medio del “santo temor de Dios” modera las inclinaciones de nuestra sensibilidad; por el don de “fortaleza” nos infunde aliento para acometer empresas difíciles y superar peligros. Y ¿qué es lo que hace en nosotros el don de piedad? Pues unificar todas las relaciones que tenemos con los demás, empezando por nuestra relación con Dios. Decía San Pablo: *“habéis recibido el espíritu filial, por el que clamáis: Abba (Padre)”* Este don de piedad está relacionado con algunas virtudes, afines al mismo: la justicia, la virtud de la religión, la gratitud. Por la virtud de la religión, agradecemos a Dios sus beneficios y le damos culto como al Ser Supremo. Por la justicia, damos a cada uno lo que le corresponde; por la gratitud somos agradecidos con los bienhechores. San Francisco de Asís, abrazando al leproso, comprendió y sintió que todos los hombres eran hermanos. Aquel abrazo fue un efecto del don de Piedad.

EL DON DE CONSEJO: Es el primero de los “dones intelectuales”. Es el que está más próximo a los dones “afectivos” como son el temor de Dios, la fortaleza y la piedad. La *prudencia* es la virtud que determina lo que en cada caso particular debe hacerse. Hay diferencia entre la prudencia virtud y el don de Consejo. La prudencia se rige por la razón; el don de Consejo por el Espíritu Santo. La prudencia pone un modo humano en nuestros actos, incertidumbre, timidez..., mientras que el Espíritu Santo pone un modo divino que es mucho más seguro y contundente. Nada más hay que ver cómo los santos han llegado a hacer cosas que nos llenan de asombro. Es esa prudencia “divina” que, a quien no la posee, le parece locura o temeridad.

EL DON DE CIENCIA: En el orden natural vemos cómo la ciencia ha realizado descubrimientos asombrosos. La ciencia es el conocimiento humano de las creaturas. El don de ciencia hace comprender divinamente las creaturas, de modo que por su medio podamos elevarnos a Dios. La ciencia es discursiva, el don de ciencia se manifiesta por intuiciones que nos hacen conocer las criaturas de una manera más profunda. Para el don de Ciencia las criaturas son reflejos de Dios. Cuando San Juan de la Cruz escribe en su Cántico espiritual: *“Mil gracias derramando pasó por estos sotos con presura y, yéndolos mirando, con sola su figura vestidos los dejó de su hermosura”* está practicando el don de Ciencia. Las almas que poseen el don de Ciencia miran, por ejemplo, las humillaciones y la cruz de modo muy distinto, porque ven en ellas un sentido divino y sobrenatural. Teresa de Jesús exclamaba: *“O padecer o morir”*. San Juan de la Cruz, le pide como recompensa a Jesús el *“padecer y ser despreciado por Ti”*.

EL DON DE ENTENDIMIENTO: *Intelligere* (entender) quiere decir: *“intus legere”* (leer por dentro, en profundidad). El don de Entendimiento sirve para penetrar las verdades sobrenaturales. Cuando el alma está unida a Dios, lo ve y lo conoce por una “dulce experiencia”. El don de Entendimiento nos hace distinguir lo verdadero de lo falso. El don de Entendimiento penetra en lo profundo de las verdades sobrenaturales y nos da un conocimiento vivo, jugoso e íntimo de las cosas. Por medio de este don el Espíritu Santo eleva a las almas a la Contemplación. El mundo está henchido de lo divino, pero para descubrir lo divino que oculta lo visible se necesita el don de Entendimiento. San Francisco de Asís contempla la naturaleza de un modo muy distinto a un científico; va mucho más hondo.

(www.apostoladodelaoracion.com) (www.adoradoraspresenciales.com)



Diciembre 2020 “¡ven... y verás!”

LOS DONES DEL ESPIRITU SANTO (III)

EL DON DE SABIDURÍA: El don de Sabiduría abarca todos los conocimientos sobrenaturales, dándoles una perfecta unidad, porque todo lo mira desde la atalaya que es el mismo Dios. No es lo mismo conocer a una persona por referencias que conocerla por un trato íntimo, lleno de amor. Nosotros estamos unidos a Dios por la caridad y se trata de una unión mucho más estrecha de lo que suponemos.

Jesús la expresa con esas palabras de “Yo soy la vid y vosotros los sarmientos”, y en la Última Cena: “Padre, que todos sean una misma cosa, como Tú y yo somos uno. Tú en mí y yo en ellos, para que todos seamos consumados en la unidad” Y como esta unión es más íntima que todas las uniones que se pueden tener en la tierra, de ahí que esa unión con Dios nos haga experimentar las cosas divinas por una dulce experiencia. Es un “saboreo” de las cosas sobrenaturales. Se gustan.

Por el don de Sabiduría “experimentamos” a Dios. Los Santos, los que han llegado a la cumbre de la perfección, poseen de manera perfecta todos los “dones”, pero singularmente el don de Sabiduría. En este don, como en todos los demás, se dan grados. En los altos grados del don de Sabiduría, las almas viven una vida celestial, comienzan a gustar las delicias del Amado. Es lo que escribía San Bernardo: “Cuando escribes tu relato, no tiene para mí ningún sabor si está ausente el nombre de Jesús”.

LOS FRUTOS DEL ESPÍRITU SANTO: San Pablo habla de ellos en la Carta a los Gálatas (6,22-23). “Los frutos del Espíritu Santo son: Caridad, Gozo, Paz, Paciencia, Benignidad, Bondad, Longanimidad, Mansedumbre, Fe, Modestia, Continencia y Castidad”.

Las características de los frutos del Espíritu Santo son dos: madurez y suavidad. Los frutos son gozos espirituales que acompañan a nuestras acciones, cuando éstas han alcanzado un cierto grado de madurez y perfección.

Son distintos los frutos de las bienaventuranzas. Las bienaventuranzas son también frutos, los frutos más exquisitos que el Espíritu Santo produce en las almas. Pero las bienaventuranzas suponen la perfección, son algo de las “cumbres”. Las bienaventuranzas son el fruto más perfecto que pueden producir las virtudes y los dones. Las bienaventuranzas son frutos; pero no todo fruto es bienaventuranza.

Los frutos se encuentran en todas las etapas de la vida espiritual, porque no suponen una perfección absoluta, sino relativa. A cada etapa de la vida espiritual corresponden sus frutos.

CARIDAD: La doctrina de Jesús es amor, y por eso el primer fruto del Espíritu Santo es el que procede de un amor celestial y divino: la Caridad.

GOZO: El gozo es algo que sigue lógicamente al amor. Cuando uno encuentra al ser amado, cuando lo posee, se goza con él.

PAZ: Está enlazada con el gozo. La paz –dice Santo Tomás– “es la perfección del gozo”. La paz aquietta el alma, ordena sus afectos y los unifica.

PACIENCIA: Juntamente con el amor, nos dejó Jesucristo en herencia el dolor. El Espíritu Santo nos da el fruto de la paciencia en las adversidades y contradicciones.

LONGANIMIDAD: Si por el fruto de la paciencia soportamos los males, por el fruto de la longanimidad esperamos los bienes que nos aguardan Esperar cuando se ama, cuando se desea, cuando se necesita algo, es un tormento. En la tierra es forzoso esperar (el labrador...la cosecha). Dios es lento, como que cuenta con la eternidad. Con los frutos de la paciencia y de la longanimidad sabemos vivir, como Dios quiere, estas situaciones.

BONDAD: Necesitamos convivir forzosamente con nuestros hermanos, y esto no es fácil. Pero nos dirá Santo Tomás que *“es más eficaz para alcanzar la santidad ponernos en contacto con los demás que recluirmos en la soledad.”* La Bondad es el anhelo de hacer bien a todos.

BENIGNIDAD: Si la bondad anhela hacer bien a todos, la Benignidad ejecuta ese propósito interior. En ambos casos encontramos consuelos divinos.. Cuando un cristiano mira en el prójimo a Jesús, su corazón se hace bondadoso.. La Benignidad te enseña y hace comprender la delicia que hay en hacer el bien. Estos dos frutos de la bondad y benignidad ordenan nuestra alma en cuanto a nuestro prójimo.

MODESTIA: Ordenada ya el alma en sus relaciones con el prójimo, ha de ordenarse también en sus relaciones con las demás cosas: riquezas, placeres, honores...Las criaturas son nuestras para que hagamos de ellas las cuerdas de una lira que entone un canto al Dios Creador. Las cosas son “escalas” para subir hacia Dios. Pero para ello es preciso vivir una grande libertad interior. Por el fruto de la Modestia valoramos en su debida proporción las cosas, sin dejarnos ofuscar por ellas.

CONTINENCIA: Si la Modestia nos rige en el orden de las cosas exteriores, la Continencia y la Castidad nos enseñan a dominar y poner orden en nuestra concupiscencia

CASTIDAD: Es el fruto que nos capacita para vivir nuestra sexualidad conforme al plan del Creador. La doctrina de San Pablo a este respecto, es preciosa. Nos enseña a vivir el profundo sentido del cuerpo. *“Vosotros sois templos del Espíritu Santo; glorificad a Dios con vuestro cuerpo”*. Los frutos del Espíritu Santo hacen al hombre realmente libre. Sabe usar bien de las criaturas, ha roto sus cadenas y recuperado su grandeza real.

Es algo así como el “reingreso al Paraíso”, de donde un día fue expulsado. Estos gozos divinos nos los proporciona el Espíritu Santo y con ellos el camino se hace más fácil de andar.

Dones, Frutos y Bienaventuranzas conforman el paisaje del cristiano, cuando éste se decide a entrar por el camino de la santidad.



En cada uno se manifiesta
el Espíritu para el bien común

Sólo queda decir, al terminar este curso sobre el Espíritu Santo: **“VEN, ESPÍRITU SANTO, ESPÍRITU DE JESÚS, Y TRANSFORMANOS EN TI, SEGÚN EL MODELO DE JESÚS DE NAXZARET”**

(www.apostoladodelaoracion.com)

(www.adoradoraspresenciales.com)

